ALFRED HITCHCOCK Y LOS TRES INVESTIGADORES



La intervención del mago del suspense, como ha dado en llamársele, ya sea en cine, televisión o novela, es de por sí garantía de intriga y desenlace inesperado.

En esta ocasión Hitchcock dedica su atención a los jóvenes, ofreciéndoles una serie de novelas de acción. Los adolescentes, al leer las aventuras de Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores se sienten incorporados al formidable equipo de Júpiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Junto a ellos practican métodos deductivos que agilizan sus mentes, vencen el miedo a lo desconocido, luchan por causas justas y gozan el placer de ser útiles a sus semejantes.



Robert Arthur

Misterio de la araña de plata

Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores - 8

ePub r1.5

Titivillus 14.05.16

Título original: *The mystery of the silver spider*
Robert Arthur, 1967
Traducción: María Lourdes Pol de Ramírez
Ilustraciones: Harry Kane
Cubierta: Ángel Badía Camps
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas: Prometheus (1.1), Panacea0 (1.2)
ePub base r1.2



Presentación de Alfred Hitchcock

«Investigamos todo» es el lema de Los Tres Investigadores Júpiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews, de Rocky Beach, California, cerca de la famosa ciudad de Hollywood. Y así lo hacen, como bien saben quienes han leído otras narraciones.

Esta vez abandonan su cómodo puesto de mando en el Patio Salvaje de los Jones, para viajar allende los mares y resolver un siniestro plan en que interviene una bella araña de plata.

Podría excitar vuestro deseo de aventuras, refiriendo alguno de los extraños episodios que os aguardan, pero renuncio a ello. Sin embargo, os diré que nuestros juveniles agentes secretos, se enfrentan a un plan mucho más peligroso de cuanto podáis imaginaros, y que antes de esclarecer los hechos, ellos… ¡Ya me embalo! No diré nada más, salvo que Júpiter Jones es el jefe de Los Tres Investigadores, y notable por su extraordinaria inteligencia. Pete Crenshaw, alto y musculoso, es un atleta. Bob Andrews, el más joven de *los* tres, se encarga de aportar datos históricos, y del archivo de la firma. Empero también lucha como un león cuando hay peligro…

Y, ahora, ¡luces, cámara, acción! ¡Adelante!

ALFRED HITCHCOCK

Capítulo 1

Por poco, accidente

—¡Cuidado! —gritó Bob Andrews.

—¡Pare, Worthington! —exclamó Pete Crenshaw.

El conductor inglés al volante del imponente «Rolls-Royce» frenó en seco y los Tres Investigadores cayeron en confuso montón entre los asientos. El vehículo gritó su chillido metálico al detenerse a escasos centímetros de un reluciente automóvil.

Varios hombres salieron de éste y rodearon a Worthington, que había descendido del «Rolls», y le hablaron excitados en una lengua extraña. Worthington no les hizo caso. Se encaminó recto al conductor de bello uniforme rojo y dorados galones sentado al volante del otro vehículo.

—Amigo —dijo cortésmente—, no obedeció usted la señal de preferencia de paso. Ha estado a punto de provocar un accidente. Toda la culpa hubiera sido de usted, puesto que yo circulaba por mi derecha.

—El príncipe Djaro siempre tiene preferencia de paso —contestó el otro chófer, pronunciando ampulosamente el patronímico Djaro —. Nadie está autorizado a interponerse en su camino.

Pete, Bob y Júpiter, que habían logrado recuperarse, miraban asombrados la escena. Los hombres que descendieron del automóvil danzaban excitados alrededor de la alta figura de Worthington. Uno, el de más estatura, y que sin duda era el de mayor autoridad entre ellos, gritó en inglés:

—¡Imbécil! ¡Un poco más y mata al príncipe Djaro! ¡Menuda complicación internacional habría provocado! ¡Conduzca con más atención!

—Yo he respetado las señales de tráfico, mientras ustedes las ignoran —respondió con firmeza Worthington—. El único infractor es el chófer de ustedes.

—¿Quién es ese príncipe? —preguntó Pete a Bob.

—¿No lees los periódicos? —murmuró Bob—. Procede de Europa, de uno de los siete países más pequeños del mundo. Visita Estados Unidos en viaje de placer.

—¡Atiza! ¡Casi chocamos con él! —exclamó Pete.

—Worthington tiene razón —intervino Júpiter Jones—. Salgamos y prestémosle nuestro apoyo moral.

Descendieron del «Rolls», en el preciso instante en que la portezuela del otro automóvil se abría, y un muchacho más alto que Bob, con pelo negro muy largo al estilo europeo, saltaba a la carretera. Tendría un par de años más que los tres amigos. El príncipe restableció la calma.

—¡Silencio!

Al oír la imperiosa voz, los hombres que gesticulaban alrededor de Worthington se quedaron tan silenciosos como una almeja. Luego, en obediencia a un gesto de su mano, todos se colocaron respetuosamente detrás de él.

—Le ofrezco mis excusas —dijo en excelente inglés a Worthington—. Mi chófer tuvo la culpa. Le ordenaré que en lo sucesivo obedezca todas las señales de tráfico.

—¡Pero alteza…! —quiso protestar el hombre más alto.

El príncipe Djaro agitó la mano en demanda de silencio. Luego, miró interesado a Bob, Pete y Júpiter, que se unieron al grupo.

—Lamento lo sucedido —se excusó—. Gracias a la habilidad de vuestro chófer, se ha evitado un grave accidente. ¿Sois propietarios de este majestuoso automóvil? —señaló con la cabeza el «Rolls».

—No lo somos. Empero lo utilizamos con mucha frecuencia —respondió Júpiter.

No era momento apropiado para explicar la historia del «Rolls-Royce», y cómo habían ganado en un concurso el derecho a usarlo.

Regresaban a Hollywood, donde fueron a visitar a Alfred Hitchcock para entregarle un mecanografiado relato de su última aventura.

—Soy Djaro Montestán, de Varania —explicó el muchacho—. En realidad aún no soy príncipe, pero seré oficialmente coronado el

próximo mes. Sin embargo, no puedo evitar que la gente me llame príncipe. Advierto que sois el prototipo del chico americano.

Su afirmación resultó desconcertante. Ellos se consideraban jóvenes tan normales como sus demás compatriotas. Quizá por eso no estuvieron muy seguros del significado de las palabras dichas por el príncipe.

Júpiter se encargó de responder por todos.

—Bob y Pete sí son prototipos americanos. En cambio yo no puedo ser considerado como tal, puesto que muchas personas me acusan de engreído y amigo de palabras complicadas, y porque a veces me muestro muy desagradable. Claro que eso se debe a mi idiosincrasia y no puedo cambiar.

Bob y Pete se sonrieron. Lo que Júpiter decía era cierto, si bien lo admitía en público por primera vez. Debido a su recia constitución, ciertas personas solían llamarle «gordito». Claro que semejante alias lo empleaban otros chicos envidiosos, o adultos superados por su habilidad mental. En cambio, sus amigos lo respetaban, seguros de que sabría resolverles cualquier problema.

Júpiter se sacó de un bolsillo la tarjeta oficial de Los Tres Investigadores. Nunca iba a ninguna parte sin ellas.

—Aquí están nuestros nombres —dijo—. Yo soy Júpiter Jones. Éste, Pete Crenshaw, y este otro, Bob Andrews.

El príncipe cogió la tarjeta y leyó:

LOS TRES INVESTIGADORES

"Investigamos Todo"

?   ?   ?

Primer Investigador	Júpiter Jones
Segundo Investigador	Pete Crenshaw
Tercer Investigador	Bob Andrews

Ellos esperaron que formulase la pregunta de rigor, en cuanto a qué significaban los interrogantes. Todas las personas que veían la tarjeta lo inquirían.

—¡Brojas! —exclamó Djaro.

Su sonrisa era muy agradable, y al hacerlo mostró unos dientes igualados y blancos que resaltaron al contrastar con su tez algo más oscura que la de Pete.

—Brojas significa formidable en varanio —añadió Djaro—. Supongo que los interrogantes son vuestro símbolo oficial.

Lo miraron con renovado respeto por haber deducido la verdad.

El príncipe se sacó de un bolsillo una tarjeta que entregó a Júpiter.

—Y ésta es la mía.

Bob y Pete se colocaron detrás de Jupe para verla. Sobre fondo blanco y en fino grabado decía *Djaro Montestán*. Encima del nombre había un emblema de oro azul. Parecía una araña sobre una tela aguantando una espada, si bien su complicado dibujo apenas permitía estar seguro.

—Ese es mi símbolo —dijo el príncipe—: una araña. O sea, el escudo de la familia reinante en Varania. Sería demasiado prolijo explicaros por qué mis antepasados adoptaron una araña para nuestro emblema nacional. Bien, celebro mucho haberos conocido.

Estrechó las manos de Los Tres Investigadores.

Un hombre se abrió paso entre ellos. Era un joven delgado con rasgos agradables y despiertos, que viajaba en otro coche, negro, detenido detrás del que ocupaba el príncipe. Su acento resultó innegablemente americano.

—Discúlpeme, alteza. Nos retrasamos. Por fortuna se evitó el accidente, y convendría reanudar la marcha, si hemos de visitar la ciudad hoy.

—No estoy especialmente interesado en conocer la ciudad —respondió Djaro—. Ya he visto gran número de ciudades. Prefiero hablar con estos muchachos, un poco más. Son los primeros chicos americanos que realmente he tenido oportunidad de conocer. Decidme —se volvió a Los Tres Investigadores—, ¿es divertido Disneylandia? Me entusiasma la idea de ir allí.

Le aseguraron que Disneylandia era formidable, y digna de ser visitada. Djaro parecía complacido, pero pensativo.

—Realmente no es muy divertido viajar rodeado de guardaespaldas. El duque Stefan es mi profesor y regente de Varania hasta que yo sea coronado príncipe. Dio órdenes de que nadie se acercase a mí, por temor a que me resfriase o algo

parecido. ¡Eso es ridículo! No soy tan importante como para que alguien quiera asesinarme. Varania no tiene enemigos, y yo carezco de importancia.

Durante un segundo guardó silencio. Luego preguntó:

—¿Queréis acompañarme a Disneylandia? Os agradecería muchísimo que hicierais de cicerones para mí en tan bello lugar. Por otra parte, me gustará saberme acompañado de amigos.

La petición les cogió de sorpresa. Empero no les disgustó la idea de visitar Disneylandia. No tenían nada planeado para aquel día. Júpiter llamó por el teléfono del «Rolls-Royce» a su tía, que se hallaba en el Patio Salvaje de los Jones. Djaro miraba con ojos llenos de curiosidad.

Finalmente, los hombres se apretujaron en el coche escolta, y Bob, Pete y Júpiter se acomodaron en el del príncipe Djaro, donde también subió el sujeto de rasgos duros que tanto alborotara por causa del accidente no consumado. Worthington regresó a la agencia de automóviles.

—Al duque Stefan no le agradará esto —refunfuñó el acompañante—. Exigió que no corriésemos riesgos.

—¡No hay riesgos, duque Rojas! —respondió el príncipe—. Ya es hora de que el duque Stefan acepte lo que a mí me gusta. Dentro de dos meses regiré a mi pueblo, y mi palabra será la ley; no la del duque Stefan. Ahora diga a Markos que obedezca todas las reglas del tráfico. Es la tercera vez que ha estado a punto de provocar un grave accidente, por empeñarse en conducir como si estuviéramos en nuestro país. ¡No quiero más incidentes!

El duque Rojas disparó una retahíla de palabras extranjeras y el chófer asintió. Volvieron a ponerse en marcha, y los muchachos observaron que éste obedecía las leyes de circulación.

Durante los cuarenta y cinco minutos que tardaron en llegar a Disneylandia, el príncipe hizo tantas preguntas acerca de Norteamérica, y California en especial, que los tres amigos apenas si lograban satisfacer su curiosidad. Luego, ya en Disneylandia, contemplaron tan absortos las atracciones, que, incluso, se olvidaron de hablar.

De repente advirtieron que el duque Rojas se había rezagado, y el príncipe Djaro, con un destello de picardía en sus pupilas, sugirió a los tres amigos montar en un pequeño tren que daba la vuelta al

parque. Bob, Pete y Júpiter aceptaron. Sin decir una palabra más, se mezclaron con la multitud de personas, y subieron raudos los peldaños de una estación miniatura, para montar en un tren que acababa de entrar.

Mientras viajaban por el borde del parque, pudieron ver al duque y a sus hombres que los buscaban.

Cuando descendieron, el duque Rojas corrió hacia ellos seguido del séquito. Antes de que abriese la boca, Djaro exclamó:

—Venía usted detrás de mí, y pese a ello me perdió de vista. Informaré del suceso al duque Stefan.

—Pero… pero… pero… —tartamudeó el duque.

Djaro cortó su intento de protesta o justificación.

—¡Basta! ¡Vámonos ya! Lamento que el itinerario no me permita volver aquí.

Se disponían a subir al coche, cuando Djaro se volvió al duque y señaló el automóvil de los guardaespaldas. Así, de regreso a Rocky Beach, los chicos pudieron hablar sin testigos engorrosos.

El príncipe quiso saber cosas de ellos, que le contaron cómo y por qué fundaron la empresa, su amistad con Alfred Hitchcock, y algunas de las aventuras pasadas.

—¡Brojas! —exclamó el príncipe—. ¡Os envidio! Los americanos gozáis de tanta libertad, que me hacéis desear no ser príncipe. Empero estoy obligado a gobernar mi patria, por pequeña que sea. Nunca he asistido al colegio. Siempre me hallo rodeado de personas mayores, y apenas tengo amigos. Bueno, lo único excitante que he vivido hasta ahora, es este viaje a América. Hoy es el día más divertido que recuerdo. ¿Puedo llamaros amigos míos? Me gustaría gozar de vuestra amistad.

—Y a nosotros nos complacerá ser tus amigos —respondió Pete.

—Gracias —el príncipe Djaro se sonrió—. Por primera vez en mi vida, hoy he replicado al duque Rojas. Se quedó anonadado. El duque Stefan no lo aprobará. Pero han de recibir muchos más sobresaltos. Yo soy el príncipe, y mi intención es… ¿cómo lo llamáis vosotros?

—Imponer tu autoridad —sugirió Júpiter.

Y Bob:

—Hacer sentir el peso de tu autoridad.

—Eso es: hacer sentir el peso de mi autoridad —corroboró el

príncipe—. El duque Stefan recibirá muchas sorpresas.

En Rocky Beach, Júpiter dio instrucciones al chófer, que se dirigió al Patio Salvaje de los Jones, por cuya puerta principal entraron minutos después.

Júpiter invitó a Djaro a visitar el puesto de mando. El príncipe sacudió la cabeza.

—Temo que no sea momento oportuno. Esta noche he de asistir a una cena y mañana tomamos el avión de regreso a Varania. La capital de Varania es Denzo, y vivo en un palacio construido sobre las ruinas de un viejo castillo. En el palacio hay trescientas habitaciones, y corrientes de aire que lo hacen incómodo. Por desgracia, es una de las molestias que he de soportar, como príncipe.

»Esa es la razón de que no pueda quedarme, pese a que me gustaría. Aun cuando he de irme para regir mi patria, jamás os olvidaré. Algún día volveremos a encontrarnos, estoy seguro.

Se acomodó en el gran automóvil, que partió raudo seguido del coche repleto de guardaespaldas. Los tres amigos contemplaron cómo se alejaban.

—Ese príncipe es un chico muy agradable —comentó Pete—. ¡Jupe! ¿En qué piensas?

Júpiter parpadeó.

—Reflexionaba. Recordaba el momento en que casi chocamos con el automóvil de Djaro. ¿No advertisteis nada sorprendente?

—¿Sorprendente? —inquirió extrañado Bob—. No, excepto la inmensa suerte de no ser aplastados.

—¿Qué pretendes ahora, Jupe? —preguntó Pete.

—Markos, el conductor del príncipe, vio sin duda nuestro coche, y en vez de acelerar y esquivarnos, frenó en seco. Si Worthington no hubiera sido chófer excepcional, el encontronazo habría resultado inevitable. Y precisamente habríamos chocado contra la parte en que iba sentado Djaro. Me temo que el príncipe hubiera muerto.

—Markos se vio sorprendido y no supo reaccionar —contestó Pete.

—La cosa no está muy clara —murmuró Júpiter—. Bien, después de todo, ahora carece de importancia. Y, por otra parte, fue divertido encontrar a Djaro. No creo que volvamos a verlo.

Sin embargo, la predicción de Júpiter no se cumpliría.

Capítulo 2

Invitación sorprendente

Algunos días más tarde, Los Tres Investigadores se hallaban reunidos en su puesto de mando, instalado en un remolque oculto entre montones de chatarra en el Patio Salvaje de los Jones. Bob acababa de leer una carta que había llegado en el correo de la mañana. Era de una señora de Malibú, pidiendo que buscasen su perro extraviado. De repente, sonó el teléfono.

Aquel teléfono, pagado con los ahorros hechos ayudando a Titus Jones en la chatarrería, no sonaba con mucha frecuencia. Empero, su timbre era preludio de excitación. Júpiter lo cogió.

—Hola —dijo—. Aquí Los Tres Investigadores. Júpiter Jones al habla.

—Buenos días, joven Júpiter —la rica voz de Alfred Hitchcock resonó en la oficina a través del altavoz conectado al teléfono—. Celebro encontrarte. Quería decirte que pronto recibirás una visita.

—¿Una visita? —repitió Júpiter—. ¿Se trata de un nuevo caso, señor?

—No puedo decirte nada —replicó Alfred Hitchcock—. He jurado secreto. No obstante, después de prolongada charla con tu visitante, os recomendé sin reservas. Te hará una invitación sorprendente. Es todo cuanto puedo decirte. Sólo quería prepararte. Ahora me despido.

Colgó, y lo mismo hizo Júpiter. Los tres muchachos se miraron entre sí.

—¿Opinas tú que sea otro caso? —preguntó Bob.

No hubo tiempo para especulaciones, pues en aquel momento la voz de Mathilda Jones resonó a través del abierto tragaluz del

puesto de mando.

—¡Júpiter! ¡Sal de donde estés! Hay una visita.

Los dos muchachos salieron por el Túnel Dos, enorme tubería que unía el puesto de mando con una entrada oculta en el taller. Desde allí sólo precisaron un momento para salir de entre montones de material, a la oficina.

Vieron aparcado un pequeño coche y un joven en pie a su lado. Lo reconocieron de inmediato. Era el americano que iba en la escolta del príncipe Djaro, el día en que casi chocaron.

—Hola —saludó—. Seguro que no esperabais verme otra vez. Permitidme que me presente. Soy Bert Young: aquí están mis credenciales.

Les mostró una tarjeta de aspecto oficial, que se guardó de nuevo en su cartera.

—Pertenezco al gobierno de Estados Unidos. Bien; se trata de un asunto oficial. ¿Dónde podemos hablar en privado?

—Allí detrás —señaló Júpiter, agrandados sus ojos.

¡Nada menos que un agente del Gobierno quería hablarles en privado! Además, antes se había informado acerca de ellos a través del señor Hitchcock. ¿Qué significaba eso?

Lo condujeron al taller, y buscaron dos sillas viejas. Pete y Bob sentáronse sobre una caja.

—Quizá hayáis adivinado por qué estoy aquí —dijo Bert Young.

Pero no; ellos no lo habían adivinado y guardaron silencio. Young añadió:

—Se trata del príncipe Djaro, de Varania.

—¡El príncipe Djaro! —exclamó Bob—. ¿Cómo se encuentra?

—Está bien y os envía sus saludos. Hablé con él hará un par de días. Me rogó gestionar que los tres vayáis a visitarlo y os quedéis hasta su coronación, que se celebrará dentro de dos semanas.

—¡Cáspita! —saltó Pete—. ¡Un viaje a Europa! ¿Está seguro de que él desea que vayamos?

—Vosotros y nadie más que vosotros —dijo Bert Young—. El príncipe intuyó que podíais ser verdaderos amigos el día que estuvisteis en Disneylandia. Carece de auténticos amigos, pues los muchachos de Varania que trata pueden ser amigos, o simples aduladores que mariposean a su alrededor porque es príncipe. En cambio está seguro de vosotros. El día de su coronación, desea tener

auténticos amigos a su lado, y por eso os invita. Bueno… yo contribuí a poner esa idea en su cabeza.

—¿Por qué hizo usted eso? —preguntó Bob.

—Trataré de explicarme, y lo comprenderéis. Varania es un Estado pacífico, y neutral, como Suiza. El Gobierno de Estados Unidos lo prefiere así. De ese modo no prestará ayuda a países enemigos.

—¿Qué ayuda puede prestar a nadie una nación tan pequeña? —preguntó Júpiter.

—Tanta, que su enumeración os sorprendería. Por ejemplo: facilitar las actividades de los espías. Bien, el caso que me ha traído aquí no es ése. Quiero saber si estáis dispuestos a ir.

Los tres chicos parpadearon. Ciertamente, les gustaba la idea. Empero había dificultades: sus familias… el gasto… Bert Young se ofreció a solucionarlo.

—Hablaré con vuestras familias. No tendré dificultades para convencerles de que estaréis en buenas manos. En primer lugar, yo mismo me cuidaré de vosotros. En segundo lugar, seréis huéspedes del príncipe. Y en cuanto a los gastos, el Gobierno pagará los billetes de avión y os dará una cantidad para los gastos pequeños. Nuestras autoridades quieren que actuéis como típicos norteamericanos, según la idea que de nosotros tienen los varanios. Es decir, deberéis comprar recuerdos y hacer fotografías.

Bob y Pete se hallaban tan sorprendidos, que sus mentes no reaccionaban. En cambio Júpiter frunció el ceño.

—¿Cuál es la razón de que el Gobierno de Estados Unidos haga eso? —preguntó—. Supongo que no será simple generosidad. Los gobiernos no son generosos hasta ese punto, ciertamente.

—Alfred Hitchcock me dijo que eras muy listo —se sonrió Bert Young—. Y celebro comprobar que está en lo cierto. Muchachos, el Gobierno quieres que actuéis como agentes juveniles mientras residáis en Varania.

—¿Supone eso que tendremos que espiar al príncipe Djaro? —preguntó indignado Pete. Bert Young sacudió la cabeza.

—En absoluto. Se trata de mantener muy abiertos los ojos y enterarse de todo cuanto suceda. Y si veis u oís algo sospechoso, deberéis informar de ello inmediatamente. Sabemos que algo se gesta en Varania; empero, ignoramos lo que es. Vosotros podéis

ayudarnos a descubrir el misterio.

—¡Qué cosa más extraña! —comentó Júpiter, fruncido el ceño —. Siempre supuse que el Gobierno disponía de fuentes de información más…

—Somos seres humanos —cortó Bert Young—: Y Varania es un lugar difícil para el trabajo de información. En Varania son muy suspicaces y orgullosos, y no aceptan ayuda extraña. Se ofenden cuando se les ofrece. Dan gran valor a su independencia.

»No obstante, sabemos que algo sucede allí. Bueno, la verdad es que el duque Stefan no inspira la menor confianza. Ya sabéis que será regente hasta que el príncipe Djaro sea coronado. Nos tememos que tal vez no desee ver coronado al joven príncipe. El duque Stefan y el primer ministro dominan el Consejo Supremo, que es algo así como nuestro Congreso. Naturalmente, el sojuzgado Consejo pudiera muy bien impedir que Djaro se convirtiera en príncipe.

»En circunstancias normales eso sería un asunto político interno, en el cual nuestro país no se inmiscuiría. Empero se teme que el duque Stefan abrigue otros planes. Y eso es todo cuanto sabemos. De ahí que necesitemos saber qué se propone. El hecho de que residáis una temporada en el mismo palacio, facilitará que lo averigüéis a beneficio del Gobierno de Estados Unidos. La verdad es que ninguno de nosotros puede acercarse al príncipe para saber la verdad. Quizá Djaro sospecha algo, pero su orgullo le impide toda solicitud de ayuda. A vosotros sí que se confiará. También cabe que los otros, al consideraros unos chicos normales, no adopten precauciones, y digan lo suficiente para desentrañar la verdad. Bien, ¿aceptáis prestar este servicio a la patria?

Bob y Pete aguardaban a que Júpiter hablase. Éste, luego de meditarlo, afirmó:

—Si lo que usted desea es que intentemos ayudar al príncipe Djaro, con mucho gusto. Claro está, siempre que nuestras familias lo permitan. Ahora bien, dijimos a Djaro que éramos sus amigos, y no haremos nada contra él.

—Esa es la respuesta que yo esperaba oír —exclamó Bert Young —. Y a título de precaución, os ruego no informéis a Djaro de que algo va mal. Conseguid que sea él quien os lo diga, si es posible. También es importante que nadie averigüe por qué estáis allí. Casi todos los habitantes de Varania son leales a Djaro. Adoraban a su

padre, que murió en un accidente de caza ocho años atrás. En cambio, no simpatizan con el duque Stefan. Eso no impedirá que, si os creyeran espías, aunque fuese de una buena causa, armasen un alboroto infernal. Así, mantened abiertos los ojos y los oídos, y cerradas vuestras bocas. ¿Entendido? Bien, chicos. ¡Pues manos a la obra!

Capítulo 3

La araña de plata

¡Varania! Bob, en pie en un balcón de piedra, miraba a través de los tejados de la antigua ciudad de Denzo. Al sol de la mañana, la ciudad era una masa de ondulantes copas de árboles, taladradas por tejados de azulejos y altas torres de edificios públicos. La cúpula dorada de una enorme iglesia emergía de una pequeña colina, aproximadamente a un kilómetro de distancia. Un grupo de mujeres, provistas de cubos y cepillos, sacaban lustre a las losas que pavimentaban el patio, bajo los pies de Bob.

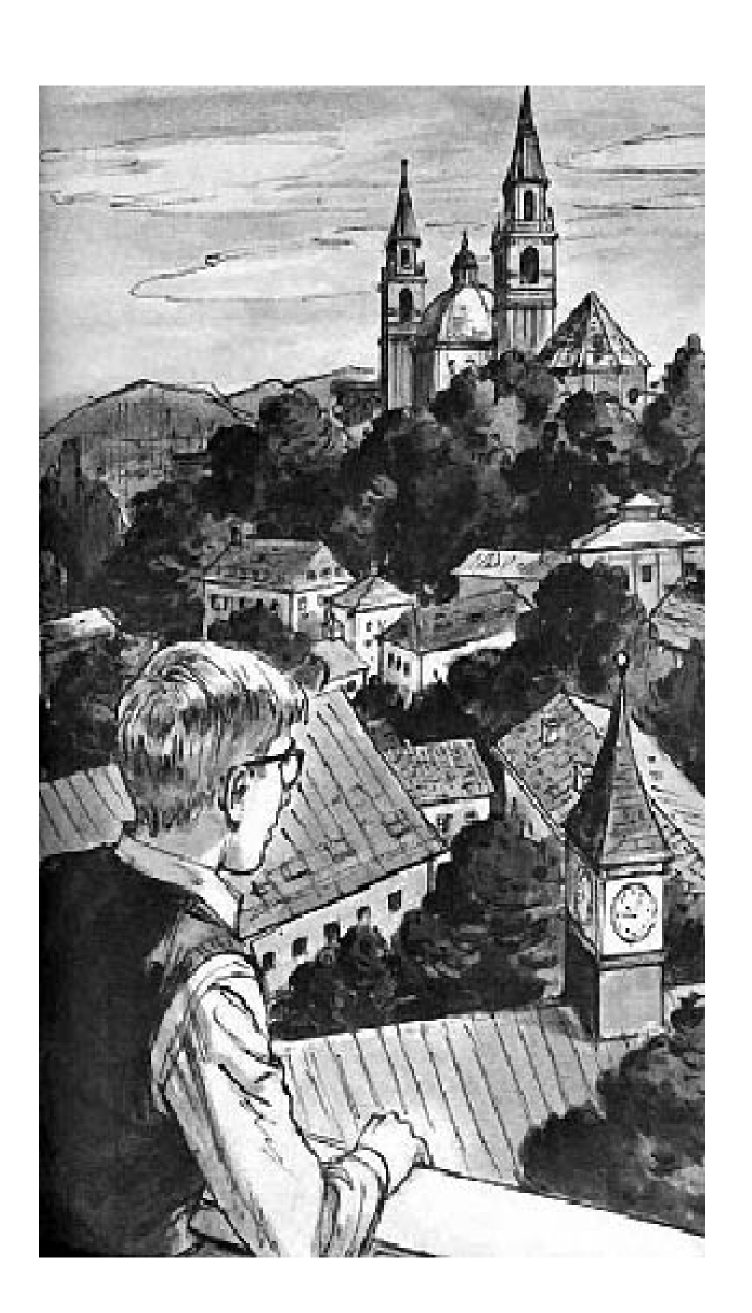
Por detrás del palacio de piedra de cinco pisos, discurría el río Denzo, ancho y caudaloso, que rodeaba la ciudad. Pequeños botes se deslizaban lentos por su límpida superficie. La escena tenía un gran colorido, y desde el balcón de su dormitorio en una esquina del tercer piso, Bob gozaba de una visión estupenda.

—Ciertamente es distinto de California —dijo Pete, trasponiendo las puertas vidrieras para unirse a Bob en el balcón—. A simple vista ya se advierte que esta ciudad es antigua.

—Fundada en 1335 —puntualizó Bob, que había leído su historia en los alborozados días que precedieron al excitante viaje —. Invadida y destruida varias veces, aunque otras tantas vueltas a construir. Vive en paz desde 1675, en que el príncipe Pablo sofocó una revolución, transformándose en gran héroe nacional, como nuestro George Washington. Así, cuanto vemos, tiene una antigüedad de trescientos años. Bueno, la ciudad cuenta con un sector moderno, que desde aquí no es posible contemplar.

—Me gusta —contestó admirado Pete—. ¿Qué extensión tiene el campo que rodea la ciudad?

—Unos ochenta kilómetros cuadrados. Realmente es una pequeña nación. ¿Ves aquellas colinas distantes? La frontera de Varania está encima de ellas, y se prolonga unos once kilómetros más allá del río Denzo. La vid es su principal cultivo, y produce tejidos y artículos para los visitantes. El turismo es su mejor cliente, debido a su pintoresquismo. Eso hace que los tenderos, en su gran mayoría, se atavíen con los antiguos vestidos de Varania.



Júpiter Jones, que se abrochaba una brillante camisa *sport*, salió de la habitación y contempló el admirable panorama.

—Parece un montaje cinematográfico —dijo—. La única diferencia radica en que es real. ¿Qué iglesia es aquélla, Bob?

—Debe de ser la de San Dominico. Es la iglesia mayor, con una cúpula dorada y dos campanarios. La torre de la izquierda con sus ocho campanas, anuncia los servicios religiosos y fiestas nacionales. La de la derecha tiene una sola campana grandiosa, conocida por la campana del Príncipe Pablo. Cuando este príncipe aplastó la rebelión en 1675, la tocó para que sus seguidores leales supieran que estaba vivo y que necesitaba ayuda. Sus vasallos expulsaron a los rebeldes. Desde entonces, sólo se toca para anunciar hechos relacionados con la familia real.

»En la coronación de un príncipe, la tocan cien veces, muy despacio. Cuando nace un príncipe, cincuenta veces, y si es una princesa, veinticinco. En una boda real, setenta y cinco. Tiene una nota muy profunda, que la distingue de cualquier otra campana de la ciudad.

—¡Vaya memoria, tercero! —se sonrió Pete.

—Tenemos que prepararnos para ver a Djaro —recordó Júpiter —. El chambelán real dijo que el príncipe se uniría a nosotros a la hora del desayuno.

—Puesto que hablas de desayuno, confieso que lo aguardo con gran apetito —exclamó Pete—. ¿Qué nos servirán?

—No tardaremos mucho en comprobarlo —contestó Júpiter—. Revisemos nuestro equipo y asegurémonos de que está en orden. Después de todo, vinimos en plan de trabajo.

Regresaron a la habitación, de techo labrado y paredes cubiertas de brillante raso. En el cabezal de la cama, de casi dos metros de ancho, destinada a personas de la realeza, campeaba el escudo de armas de los Montestán.

Las maletas se hallaban encima de soportes. Las habían abierto para sacar pijamas y cepillos de dientes cuando llegaron la noche anterior. Un moderno avión los había transportado a Nueva York y de allí a París. No obstante, nada vieron de estas dos ciudades, pues no abandonaron el aeropuerto. En París se trasladaron a un enorme helicóptero, que los llevó hasta el diminuto aeropuerto de Denzo.

Luego un automóvil los condujo a palacio, y el chambelán real

los recibió. Djaro se hallaba en una reunión especial y no había podido saludarlos, si bien les mandó recado de que se uniría con ellos a la hora del desayuno. El chambelán les precedió por pasillos de piedra interminables, hasta el dormitorio. Luego se acostaron de inmediato, sin deshacer los equipajes.

Los Tres Investigadores, después de contemplar el panorama, se dedicaron a colocar sus propiedades en un espacioso armario de más de quinientos años. Pero dejaron fuera tres cosas.

Eran tres cámaras fotográficas, grandes y caras, provistas de *flash* y otros accesorios. Sin embargo, a la vez eran pequeños transistores. Un equipo especial de radio transmisor estaba acoplado en la parte posterior de cada una de las cámaras fotográficas. La propia bombilla del *flash* servía de antena.

Tenían un alcance de dieciséis kilómetros, y de unos cuatro si se transmitía desde el interior de un edificio. Los radiotransmisores tenían sólo dos bandas de comunicación, y podían captarse por cualquiera de los otros aparatos. Por fortuna, exceptuados los tres que se hallaban sobre el lecho, sólo había dos más, instalados en la embajada norteamericana, donde se encontraba Bert Young.

Bert viajó con ellos desde Los Ángeles a Nueva York. En el trayecto hablaron de multitud de temas. Entre otras cosas les prometió que nunca se encontraría demasiado alejado de ellos, y que esperaba se comunicasen con él cada noche, o antes, si ocurrían novedades.

—Bien, muchachos —habíales dicho—. Pudiera ser que no ocurra nada y el príncipe Djaro sea coronado. Empero, estoy seguro de que algo se trama, y sólo vosotros estaréis en condiciones de informar.

»No formuléis preguntas. Ya os dije que los varanios detestan que otros se inmiscuyan en sus asuntos privados. Limitaos a fotografiar todo aquello que os guste y mantened abiertos los ojos y los oídos. Informadme regularmente a través de las radios instaladas en las cámaras. Es probable que yo monte un servicio de escucha en la Embajada norteamericana.

»Eso es todo de momento. Después de subir al avión en París, estaréis solos, si bien dispondréis de la radio. Yo llegaré a Varania en tren, dispuesto a velar por vuestra seguridad. Quizá sea necesario adoptar otras medidas, pero éstas se ajustarán a las

necesidades de los acontecimientos. A fin de que os pueda identificar cuando informéis, anunciaros, primero, segundo y tercero. ¿Entendido?

Bert Young se enjugó la frente y ellos también sintieron necesidad de hacerlo. Era una misión bastante arriesgada. Se habían convertido en agentes secretos al servicio del Gobierno de Estados Unidos.

Ya en el palacio del príncipe, al recordar las instrucciones de Bert Young, se sintieron bastante incómodos. Pete fue el primero en romper el silencio. Cogió su cámara y abrió la funda de piel. En el fondo había otro accesorio: una diminuta cinta registradora transistorizada para grabar conversaciones.

—Antes de entrevistarnos con Djaro —dijo—, ¿no sería conveniente ponerse en contacto con el señor Young? Así nos aseguraríamos de que todo funciona.

—Buena idea, segundo —aceptó Júpiter—. Saldré al balcón a tomar una vista.

Cogió la cámara y en el balcón, abrió la funda de piel, enfocó la cúpula dorada de la iglesia de San Dominico, y pulsó el botón que activaba el transmisor.

—Primero informa —habló suavemente, inclinado sobre la cámara, en aparente posición de estudiar el enfoque del objetivo—. Primero Informa —repitió—. ¿Me oye?

Casi instantáneamente una voz que no podía oírse a un metro de distancia, contestó:

—Escucho —dijo Bert Young—. ¿Hay noticias?

—Sólo de prueba. Aún no hemos visto al príncipe Djaro. Nos reuniremos con él a la hora del desayuno.

—Estaré cerca. Permaneced alerta. Corto y fuera.

Al entrar de nuevo en la habitación, se oyó un golpe en la puerta.

Pete la abrió y ante ellos apareció el príncipe Djaro, resplandeciente el rostro de satisfacción.

—¡Mis queridos amigos Pete, Bob y Júpiter! —exclamó, abiertos los brazos, según el viejo estilo europeo—. Celebro mucho veros. ¿Qué os parece mi país, mi ciudad? Claro que aún no habéis tenido tiempo de verla. Nos cuidaremos pronto de eso… en cuanto nos hayamos desayunado.

Se volvió e hizo señas con una mano.

—Entren —dijo—. Sirvan la mesa junto al balcón.

Ocho criados, vestidos de librea oro y escarlata, entraron una mesa, sillas y varias bandejas con tapaderas de plata. Djaro animó la estancia con su alegre charla mientras los criados extendían un níveo mantel, colocaban un servicio de gruesa plata, con huevos, jamón, salchichas, tostadas, barquillos y vasos de leche.

—Eso tiene buen aspecto —exclamó Pete—. ¡Estoy hambriento!

—¡Estupendo! —Aplaudió Djaro—. Comamos… ¿Qué miras, Bob?

Éste contemplaba una gran telaraña tejida desde la cabecera de la cama hasta un ángulo de la habitación a sesenta centímetros de distancia. Una enorme araña parecía vigilar desde una grieta del suelo de madera. Bob pensaba que Djaro tenía muchos sirvientes, pero que las doncellas no eran muy limpias.

—Observaba esa telaraña. La quitaré.

Se encaminó a ella. Empero, ante la sorpresa de los muchachos, el príncipe Djaro se lanzó a las piernas de Bob, y en un instante lo derribó al suelo con el tiempo justo de evitar que tocase la telaraña.

Pete y Jupe miraron asombrados, mientras Djaro ayudaba a Bob a levantarse.

—Quise advertirte. Bob. Pero no tuve tiempo. Gracias al cielo evité que destruyeras esa telaraña. Si llegas a hacerlo, me hubiera visto obligado a enviaros a vuestras casas. Celebro mucho verla. Es de buen presagio. Quiere decir que vuestra ayuda será efectiva.

Bajó la voz como temeroso de que alguien pudiera escucharles, y a grandes zancadas se encaminó a la puerta, que abrió de golpe. Un criado, impresionante en su chaqueta roja, y de pelo y bigote negro muy retorcido, estaba allí.

—¿Qué ocurre, Bilkis? —preguntó Djaro.

—Me quedé por si su alteza deseaba algo.

—Nada de momento. Déjenos solos. Regresa dentro de media hora para recoger los platos —ordenó Djaro, de mal talante.

El hombre hizo una profunda reverencia, y se alejó presuroso por el pasillo.

Djaro cerró la puerta. Cuando habló lo hizo en voz baja.

—Es uno de los hombres del duque Stefan. Seguro que nos espiaba. Tengo algo muy importante de qué hablar con vosotros.

Necesito vuestra ayuda. ¡La araña de plata de Varania ha sido robada!

Capítulo 4

Djaro se explica

—Tengo mucho que deciros. Pero antes comeremos. Resulta más grato hablar luego de satisfecho el apetito.

Y la verdad es que todos ellos hicieron honor a los manjares servidos. Después los criados se llevaron la mesa, sillas y vajilla. Seguros de que Bilkis no acechaba en el pasillo, se acomodaron en blandos sillones junto al balcón, y Djaro empezó a hablar.

—Empezaré por relataros un pasaje de la historia de Varania. En 1675, cuando el príncipe Pablo estaba a punto de ser coronado, suscitóse una revolución y tuvo que ocultarse. Se refugió en el hogar de una humilde familia de trovadores.

»Con riesgo de sus vidas, ocultaron al príncipe Pablo en el desván. Empero incluso allí hubiera sido hallado, pues sus enemigos lo buscaban en todas partes. Pero tuvo la suerte de que una araña tejiera su tela en la trampilla casi inmediatamente después de pasar él. Eso confió a los revolucionarios, que, al verla, estimaron no había sido abierta en muchos días.

»El príncipe, sin alimentos ni agua, permaneció allí tres largos días. La familia de trovadores no se atrevió a darle de comer, por temor a romper la telaraña, que lo había salvado. Finalmente, mi antepasado logró tocar la campana que ahora llamamos del Príncipe Pablo, y reunió a sus seguidores, que echaron de la ciudad a los rebeldes.

»Cuando subió al trono, llevaba alrededor de su cuello un emblema hecho por el más fino artífice de la nación: una araña de plata sujeta a una cadena del mismo metal. El príncipe Pablo declaró a la araña emblema nacional de Varania y símbolo de la

familia reinante. Decretó que desde entonces ningún heredero sería coronado a menos que llevase alrededor de su cuello la misma araña de plata que él había usado.

»Desde aquel día la araña ha sido un símbolo de buena suerte en Varania. Las mujeres aceptan contentas que éstas construyan su tela en sus hogares. Nadie destruye una telaraña, ni molesta deliberadamente a una araña.

—¡Nunca harías entender eso a mi madre! —exclamó Pete—. Le molestan terriblemente las telarañas. Considera a las arañas seres sucios y venenosos.

—Muy al contrario —explicó Júpiter—. Las arañas son seres limpios, que se asean con la frecuencia de un gato. Cierto que la araña negra es algo venenosa, pero sólo muerde si se le hostiga. Incluso las arañas gigantes, las tarántulas, no son tan venenosas como popularmente se cree. En ensayos de laboratorio ha sido necesario fastidiarlas mucho para que mordiesen. La mayoría de arañas, especialmente en Europa, son inofensivas, y reportan al hombre mucho bien, al cazar a otros insectos.

—Eso es cierto —corroboró el príncipe Djaro—. En Varania las arañas no son dañinas. La vulgarmente conocida por araña del Príncipe Pablo, pertenece a la especie más grande que tenemos, y resulta muy bonita. Es negra con pinceladas de color oro. Construye su tela en el exterior, si bien a veces entra en las casas. La que Bob estuvo a punto de matar, pertenece a la especie del Príncipe Pablo. Ella presagia que habéis venido a ayudarme en mi dificultad.

—Bien, celebro que evitases que yo la deshiciese —dijo Bob—. Pero ¿cuál es tu problema?

Djaro vaciló. Luego sacudió la cabeza.

—Excepto yo, nadie sabe lo que voy a deciros. Pero de ese nadie también excluyo al duque Stefan. Como os dije, todo príncipe de Varania debe ostentar la araña de plata del príncipe Pablo al ser coronado. Así, es obligado que yo la muestre alrededor de mi cuello dentro de dos semanas. Desgraciadamente, no podré hacerlo.

—¿Por qué no? —inquirió Pete.

—Por la sencilla razón de que ha sido robada —intervino Jupe —. ¿No es cierto, Djaro?

—La auténtica ha sido sustituida por otra. Y si no encuentro la primitiva araña de plata, no podré ser coronado. Tan pronto se

sepa, se habrá producido el escándalo. Y si eso sucede… prefiero no hablar de ello.

»Comprendo que para vosotros sea demasiado un escándalo por una insignificante joya. Pero la araña de plata significa para los varanios lo que las joyas de la corona para los ingleses. O quizá más, pues se trata del emblema de la familia real, y nadie puede lucir una araña de imitación. Hay una excepción: la Orden de la Araña de Plata, que se concede a los varanios por grandes servicios a la patria.

»Constituimos un país pequeño, cargado de viejas tradiciones. Y nos gusta conservarlas en esta era moderna de súbitos cambios. Quizá nos aferramos con más fuerza a ellas, porque todo cambia con tanta celeridad a nuestro alrededor. Sois investigadores y amigos míos. Decidme: ¿podréis hallar la verdadera araña de plata?

Júpiter se presionó el labio inferior.

—Lo ignoro, Djaro. Pero dime, ¿la araña de plata, es de tamaño normal?

El príncipe asistió.

—Sí, es de tamaño normal.

—Entonces es muy pequeña, y es factible ocultarla en cualquier parte. Incluso han podido fundirla.

—No lo creo —respondió Djaro—. Estoy seguro de que no ha sido destruida. Es demasiado importante para eso. En cuanto a que es fácil de ocultar, no lo dudo. Empero, si alguien la oculta, debe cuidar mucho que nadie lo descubra, pues sería la muerte para él. Y de eso no se salvaría ni el mismo duque Stefan.

El príncipe Djaro suspiró hondo, antes de añadir:

—Bien, ya os lo he contado. Sin embargo, ignoro cómo podréis ayudarme, cosa que espero hagáis de algún modo. He ahí la razón de por qué cuando alguien me sugirió que quizá me gustaría la presencia de mis amigos norteamericanos durante la coronación, salté de alegría. Ya estáis aquí, si bien nadie sabe que sois investigadores. Cualquier cosa que hagáis, tiene que ser con la sencillez de los chicos americanos —Djaro escrutó sus rostros—. ¿Qué os parece? ¿Podréis ayudarme?

—No lo sé —reconoció Júpiter—. Hallar una pequeña araña de plata, que puede estar oculta en cualquier parte, es muy difícil. Empero, lo intentaremos. Ahora me gustaría ver el sitio donde la

robaron, y a qué se parece. ¿Dijiste que hay una imitación en su lugar?

—Sí, una imitación muy buena, pero imitación al fin y al cabo. Vamos. Os llevaré a la sala de las reliquias, donde os la mostraré.

Los tres cogieron sus cámaras y Djaro los condujo a través de un largo pasillo de piedra. Descendieron unos serpenteantes peldaños hacia un corredor más ancho. Las paredes, suelos y techos eran de piedra.

—El palacio fue construido casi trescientos años atrás —comentó Djaro—. Los cimientos y parte de los muros pertenecieron a un viejo castillo que estuvo enclavado aquí. Hay docenas de habitaciones vacías. En realidad, nadie sube a los dos pisos superiores. Varania es un país pobre y no podemos permitirnos todos los criados que se precisarían para mantener abierta la totalidad del palacio. Además, no hay calefacción fuera de las dependencias más modernas. Imaginad lo ingrato que sería vivir aquí sin calefacción.

Los Tres Investigadores no tuvieron dificultad alguna en suponerlo. Estaban en agosto, y hacía frío en el interior del palacio.

—Se conservan las mazmorras y sótanos del antiguo castillo —habló de nuevo Djaro, mientras descendían los escalones—. Sus entradas secretas las hemos olvidado. Incluso hay escaleras que no conducen a ninguna parte. Hasta yo me perdería si me atreviese a explorar los lugares que no he recorrido.

Se rió.

—Sería un sitio ideal para películas de horror —continuó—. Se verían fantasmas que entran y salen por doquier —de nuevo se rió—. Bueno, por suerte carecemos de fantasmas. Oh, oh… ¡Se acerca el duque Stefan!

Estaban en el pasillo inferior, cuando un hombre alto llegó presuroso. Éste se detuvo e hizo una leve inclinación a Djaro.

—Buenos días, Djaro. ¿Son tus amigos norteamericanos?

Su voz fría y grave, armonizaba con su figura erguida como una lanza. Lucía bigote negro lacio y nariz de gancho.

—Buenos días, duque Stefan —replicó Djaro—. Son mis amigos. Le presento a Júpiter Jones, Peter Crenshaw y Bob Andrews; todos de California, Estados Unidos.

El duque inclinó la cabeza a cada presentación. Sus inquisitivas

pupilas inspeccionaron a los tres amigos.

—Bienvenidos a Varania —deseó en tono cortés, pero seco—. ¿Muestras a tus amigos el castillo?

—Vamos a la sala de las reliquias —explicó Djaro—. Están interesados en la historia de nuestra nación. El duque Stefan —indicó a los muchachos— es regente de Varania, Gobierna el país desde que mi padre falleció en un accidente de caza.

—En tu nombre, príncipe —se apresuró a decir el duque Stefan —. Y por tu beneficio, espero. Os acompañaré. Creo que tus invitados merecen este honor.

—Como guste —contestó Djaro, si bien Los Tres Investigadores comprendieron que no lo deseaba—. Esperamos no retenerlo demasiado tiempo alejado de sus deberes. Según sé, tienen una reunión esta mañana, duque Stefan.

—Así es, príncipe —respondió el regente acomodando su paso al de ellos—. Vamos a tratar los detalles de tu coronación, cuyo feliz acontecimiento sucederá dentro de dos semanas. Eso no me impide pasar unos minutos con vosotros.

Djaro no respondió, y siguieron por el pasillo hasta llegar a una gran sala de techo altísimo. Multitud de cuadros cubrían las paredes y muchas vitrinas llenaban la estancia. En éstas lucían banderas antiguas, escudos, medallas, libros y otras reliquias del pasado. Cada una tenía a su lado una tarjeta escrita a máquina diciendo lo que era. Los muchachos admiraron un estuche donde había una espada rota. Según la tarjeta, fue usada por el príncipe Pablo para combatir con éxito la revolución de 1675.

—En este salón —explicó el duque Stefan— se halla condensada la historia de nuestra nación. Pero somos un pueblo pequeño, y nuestro pasado carece de gran interés. Indudablemente, nos consideraréis raros y anticuados, procediendo de un país tan grande como Norteamerica.

—En modo alguno, señor —protestó Júpiter—. Lo que hasta ahora hemos visto de su patria, duque, resulta muy atractivo.

—La mayoría de nuestros súbditos —agregó el duque Stefan— vive una existencia anodina, no acorde con nuestra época. Espero que nuestro escaso desarrollo no os aburra. Y, ahora, excusadme. Tengo que asistir a esa reunión.

Se giró y salió de la sala.

Bob dejó escapar un pequeño suspiro de alivio.

—No les gustamos, ¡seguro que no! —dijo en voz baja.

—Ello se debe a que sois amigos míos —aclaró Djaro—. No quiere que tenga amigos. También se opone a que hable y me enfrente a él, como hice últimamente… sobre todo a mi regreso de Estados Unidos. Pero olvidémoslo. Mirad, aquí está el retraso del príncipe Pablo.

Les mostró la pintura de tamaño natural, de un hombre que vestía un brillante uniforme rojo con botones dorados. Una espada colgada de su cinto, y su mano descansaba sobre la empuñadura. Tenía noble rostro y mirada de águila. En su otra mano extendida había una araña. Los muchachos la examinaron de cerca. Realmente era muy bella. Tenía el cuerpo negro terciopelo, salpicado de oro.



—Mi antepasado —dijo orgulloso Djaro—, el príncipe Pablo, el Conquistador, y la araña que salvó su vida.

Mientras los chicos estudiaban el cuadro, se oyeron voces detrás de ellos en varios idiomas, incluso en inglés. Pronto la sala quedó atestada de gente, en su mayoría turistas provistos de cámaras fotográficas y guías. Dos centinelas armados de lanzas se situaron en posición de firmes a la entrada del salón.

Una pareja de americanos, un hombre fornido y su esposa, se colocaron detrás de los cuatro amigos.

—¡Uf! —Oyeron decir a la señora—. ¡Fíjate en esa desagradable araña!

—¡Chist! —siseó precavido el hombre—. Procura que nadie te oiga decir eso. Lo consideran una especie de talismán de la buena suerte. Además, las arañas no son tan desagradables como se dice. Les ocurre algo parecido a eso de crearse un mal nombre, que el tiempo conserva.

—No me importa —respondió ella—. Si veo una la pisaré.

Pete y Bob se sonrieron. Djaro parpadeó. Al fin lograron abrirse paso hacia una puerta cerrada, que custodiaba un guardia.

—Quiero entrar, centinela —exigió Djaro.

Éste saludó respetuoso.

—Sí, *Sire*.

Se hizo a un lado y el príncipe sacó una llave que abrió la pesada puerta repujada de bronce. Dentro había un pequeño vestíbulo, y al otro extremo una puerta con cerradura especial. Djaro la abrió, y detrás apareció una tercera de hierro labrado. Al fin ésta quedó franqueada y los muchachos penetraron en una habitación de unos dos metros y medio cuadrados. Aquella estancia era una cámara de seguridad.

Junto a una de las paredes, varias vitrinas de cristal mostraban las joyas reales: una corona, cetros, collares y sortijas.

—Son de la princesa consorte, cuando la hay —comentó Djaro —. Hay pocas joyas, pues no somos ricos. Empero las conservamos bien, como podéis comprobar. Mirad, aquí está lo que deseáis ver.

Los condujo hasta una vitrina solitaria en el centro de la cámara. En un soporte especial reposaba una araña, que pendía de una cadena de plata. Asombrados, los tres amigos advirtieron que era exactamente igual a la verdadera.

—Es de esmalte sobre plata —explicó Djaro—. ¿Esperabais que fuera todo plata? No, es esmalte negro con incrustaciones de oro. Los ojos *son* pequeños rubíes. Pero no es la verdadera araña de plata de Varania. La auténtica es infinitamente superior a ésta.

La joya en forma de araña era un trabajo de primera clase. Los muchachos así lo creyeron, si bien aceptaron la opinión de Djaro. La estudiaron desde todos los ángulos para reconocer la verdadera si tenían la suerte de encontrarla.

—La primitiva fue robada la semana última. Dejaron esta imitación en su lugar —se lamentó amargamente el príncipe—. Sospecho que el único hombre que pudo hacerlo es el duque Stefan. Pero no puedo acusarlo sin pruebas. La situación política es muy delicada. Todos los miembros del Consejo Supremo son partidarios de Stefan. Hasta que sea coronado carezco de poder, y no me quieren coronado. El robo de la araña real es el primer paso para evitar que gobierne mi pueblo.

»Prefiero no aburriros con detalles innecesarios. Por otra parte, he de asistir a una reunión. Os acompañaré hasta el exterior, donde hay un coche y un chófer dispuestos, por si queréis visitar la ciudad. Os veré esta noche, después de la cena, y volveremos a charlar.

Los sacó de la cámara, cerrando todas las puertas. Una vez fuera de la sala de las reliquias, estrechó sus manos, y les indicó donde encontrar el automóvil que aguardaba.

—El chófer se llama Rudy. Y me es fiel. Me gustaría ir con vosotros. Desgraciadamente, ser príncipe a menudo resulta aburrido. Pero debo ser lo que soy. Disfrutad y hablaremos esta noche.

Se alejó presuroso por el pasillo.

Bob se rascó la cabeza.

—¿Qué opinas, Jupe? —preguntó—. ¿Serás capaz de hallar la araña real?

Jupe suspiró.

—Lo ignoro. Me temo que no será posible a menos que nos acompañe la suerte.

Capítulo 5

Una conversación siniestra

Los Tres Investigadores gozaron de su paseo por la capital de Varania. Para los muchachos, criados en California, donde todo era nuevo, aquello resultaba increíblemente viejo. Incluso los edificios de apartamentos eran de piedra, o de ladrillo amarillo. Los tejados mostraban su negra pizarra. Había plazas y fuentes en cada bloque. Bandadas de palomas revoloteaban por todas partes, sobre todo frente a la Iglesia de San Dominico.

Su coche era un modelo descubierto antiguo. Su conductor, un joven en su elegante uniforme, hablaba correctamente el inglés. Se llamaba Rudy, y les informó en voz baja que podían confiar en él, pues era leal al príncipe Djaro.

Subieron a las colinas de Denzo, para ver el río desde las alturas. Mientras volvían al coche, después de tomar unas instantáneas, Rudy les advirtió en un susurro:

—Nos siguen desde que abandonamos el palacio. Os llevaré al parque ahora, donde podréis pasear. ¡No volváis la vista atrás! Así nunca sabrán que han sido descubiertos.

No mirar atrás, era una orden difícil de obedecer. ¿Quién los seguía? Y, ¿por qué?

—Me gustaría saber más de cuanto ocurre —gruñó Pete mientras regresaban por las calles fulgurantes de colorido—. ¿Por qué nos siguen? ¡No sabemos nada!

—Puede ser que alguien no esté de acuerdo contigo —sugirió Júpiter.

—O tal vez ese alguien desea que sí sepamos —añadió Bob—. Yo mismo.

Rudy frenó el coche en una gran plaza cubierta de árboles, donde paseaban muchas personas. Sonido de música llegaba de alguna parte.

—Estamos en nuestro parque principal —dijo Rudy saltando para abrirles la puerta—. Caminad lentamente hasta el centro, donde hallaréis la banda de música. Allí hay también malabaristas y payasos. Tomad fotos. La chica que vende globos es mi hermana Elena; hacedle algunas instantáneas. Yo esperaré aquí hasta que regreséis. Os recomiendo que no miréis hacia atrás. Probablemente os seguirán. Pero no os preocupéis. De momento, no hay peligro.

—¡De momento, no hay peligro! —repitió Pete mientras caminaban lentamente debajo de los árboles en dirección a la orquesta—. Bueno, esto nos da algo en que pensar.

—¿Cómo podemos ayudar a Djaro? —quiso saber Bob—. Esto se parece a la caza del ganso.

—Esperemos el desarrollo de acontecimientos —propuso Júpiter —. Sospecho que nos siguen para averiguar si mantenemos contacto con alguien. Bert Young, por ejemplo.

En su paseo llegaron a una zona abierta donde había muchas personas sentadas sobre la hierba. Encima de un pequeño tablado, ocho músicos vestidos con brillantes uniformes tocaban ruidosamente. El público aplaudió al término de la pieza. Los músicos atacaron otra sonata, con redoblados bríos.

Los Tres Investigadores siguieron su paseo. Multitud de personas caminaban por los senderos, impidiéndoles saber si eran seguidos. Desembocaron en una amplia zona pavimentada, donde hallaron a los artistas a que se refería Rudy. En un trampolín, dos titiriteros realizaban saltos fantásticos, de los llamados mortales. Un par de payasos volteaban por el suelo entre los paseantes, a la vez que presentaban pequeños cestos donde la gente depositaba alguna que otra moneda.

Una chica muy guapa, ataviada a la usanza campesina, ofrecía globos multicolores mientras entonaba una canción inglesa cuya letra decía que comprar un globo y soltarlo era enviar los deseos al cielo. Muchos compraban globos y los soltaban, punteando el cielo de rojos, amarillos y azules.

—Toma unas fotografías de los payasos, Pete —dijo Júpiter—. Yo lo haré de los acróbatas. Bob, tú observa los alrededores y dinos

si adviertes algo.

—De acuerdo, primero —Pete se encaminó hacia los payasos.

Júpiter abrió su cámara y la enfocó hacia los saltimbanquis. La manipuló como si tuviera problemas. Pero en realidad presionó el dispositivo que activaba el poderoso transmisor.

—Primero llama —dijo en voz baja—. ¿Me oye?

—Te escucho —murmuró la voz de Bert Young—. ¿Hay novedades?

—Realizamos investigaciones —respondió Júpiter—. El príncipe nos ha rogado le ayudemos a encontrar la araña real de Varania. Ha sido robada, y en su lugar han dejado una imitación.

—¡Oh! —exclamó Bert Young—. Eso es peor de lo que pensaba. ¿Puedes ayudarlo?

—No sé cómo —admitió Júpiter.

—Tampoco yo —convino Bert Young—. Haz lo que puedas y mantén abiertos los ojos. ¿Algo más?

—Estamos en el parque y probablemente somos seguidos. No sabemos por quién.

—Intenta averiguarlo. Llámame luego, pero cuando estés solo. Sería peligroso que te vieran hablar.

Bert Young cerró la comunicación. Júpiter tomó sus fotografías, mientras Bob miraba a su alrededor. Empero, no descubrió la presencia de persona alguna con aspecto de seguirlos. Pete puso unas monedas americanas en el cesto del payaso. Éstos realizaban una pirueta difícil sobre las manos. La multitud se agolpó a contemplarlos, dejando sola a la muchacha de los globos.

—Bien, hagamos una foto de la chica —murmuró Júpiter.

Los tres amigos se acercaron a ella. Júpiter preparó su cámara. La muchacha la vio, y luego de sonreírse adoptó una postura conveniente. Hecha la fotografía, la jovencita se acercó a ellos con sus globos.

—Compren un globo, jóvenes caballeros americanos —invitó—. Suéltenlo, y a través de las nubes llegarán sus deseos al cielo.

Pete le ofreció unas monedas. Ella entregó a cada uno un globo, y se dispuso a devolverles el cambio. Mientras se inclinaba sobre las monedas, susurró:

—Os siguen un hombre y una mujer. No parecen peligrosos. Intentan hablar con vosotros. Sentaos a una mesa y pedid un

helado. Así les ofreceréis una oportunidad.

Los chicos formularon sendos deseos y soltaron sus respectivos globos, que contemplaron hasta que sólo fueron diminutos puntos en el cielo. Seguidamente se dirigieron a un espacio donde había mesas con manteles de cuadros rojos. Sentáronse a una de ellas, y un camarero bigotudo se apresuró a preguntar:

—¿Helados? ¿Chocolate caliente? ¿Bocadillos?

Asintieron y el camarero se marchó. Desde sus asientos vieron a un hombre y una mujer que compraban globos. Bob los reconoció como la misma pareja que había estado detrás de ellos contemplando el retrato del príncipe Pablo aquella mañana. Indudablemente, eran ellos sus seguidores. Sin prisas, la pareja eligió una mesa junto a la del trío. Pidieron helados y café, se apoyaron en sus respaldos y sonrieron a Pete, Bob y Júpiter.

—¿Sois americanos? —preguntó la mujer, en voz algo ronca.

—Sí, señores —respondió Júpiter—. ¿Ustedes también son americanos?

—Así es —contestó ella—. De California, como vosotros.

Jupe se irguió. ¿Cómo sabía ella que eran de California? El hombre intervino presuroso.

—¿Sois de California, verdad? Lleváis camisas *sport* al estilo de aquella región.

—Sí, señor —respondió Júpiter—. Somos de California. Llegamos anoche.

—Os vimos esta mañana en la sala de reliquias del castillo —comentó la señora—. ¿No era el mismísimo príncipe Djaro quien estaba con vosotros?

Júpiter asintió.

—Sí, nos acompañaba —luego se volvió a Bob y Pete—. Creo que debemos lavarnos las manos antes de que el camarero traiga nuestra comida. He visto un letrero que indica el sitio de los lavabos.

Se volvió a la pareja de la mesa contigua.

—Vamos a asearnos. ¿Les importaría vigilar nuestras cámaras mientras nos ausentamos?

—No faltaría más, muchachos —el hombre se sonrió ampliamente—. No te preocupes; cuidaremos de que no os las roben.

—Gracias, señor —Júpiter se levantó, no dando oportunidad a sus amigos a protestar.

Seguido de sus camaradas, Júpiter se encaminó a los lavabos.

—¿Qué te propones, Jupe? —susurró Pete, alcanzándolo—. ¿Por qué marcharnos y dejar nuestras cámaras?

—¡Chist! —previno Jupe—. Tengo una idea. Venid conmigo.

Pasaron junto a la niña que vendía globos, y, sin detenerse, Júpiter le dijo:

—Por favor, observa al hombre y la mujer. Si tocan nuestras cámaras, nos lo dices. Regresamos en seguida.

Ella asintió y Los Tres Investigadores siguieron paseando como si fueran despreocupados turistas.

El lavabo era un edificio de piedra entre un grupo de árboles. Ya solos en el interior, Pete saltó:

—¿Qué pretendes, Jupe?

Júpiter abrió un grifo antes de responder.

—Ofrecerles la oportunidad de que hablen a solas mientras estamos ausentes. Quizá digan algo interesante.

—¿Y qué beneficio nos reportará eso a nosotros? —indagó Bob, mientras se lavaba las manos.

—Dejé la cinta registradora de mi cámara en marcha. Es muy sensible. Captará cualquier cosa que digan. Mejor que no hablemos más. Alguien podría oírnos.

Acabaron de lavarse en silencio, y se encaminaron lentamente a la mesa. Al verlos, la vendedora de globos denegó con la cabeza. Aparentemente, nada había sucedido mientras estuvieron ausentes. Sus cámaras seguían sobre la mesa, y el hombre y la mujer sorbían café.

—Nadie intentó coger vuestras cámaras, muchachos —dijo el hombre, de buen talante—. Este es un país muy honrado. El camarero trajo vuestro pedido; pero le advertimos que estaríais fuera unos minutos. Ah, ahora viene.

El camarero apareció con la bandeja cargada de bocadillos, chocolate caliente y helados. El trío atacó sin demora y buen apetito lo servido. Minutos después, el hombre y la mujer dijeron adiós y se alejaron.

—Si querían hablarnos, mudaron de opinión —observó Pete.

—Espero que hayan cambiado impresiones —observó Júpiter.

Tocó un diminuto botón de su cámara, y la cinta volvió a enrollarse. Al pulsar otro botón, empezó a funcionar. Al principio se oyó un amortiguado siseo, y luego la voz del hombre. Bob saltó excitado:

—¡Dio resultado! Ha sucedido lo que esperabas, Jupe.

—¡Chist! —ordenó éste—. Escuchemos lo que dijeron. Seguid comiendo. No miréis la cámara.

Volvió a enrollar la cinta y la puso en marcha otra vez, ajustando el volumen de modo que las voces no se oyeran en las mesas próximas.

Nítidamente, escucharon la siguiente conversación:

> Hombre: Creo que Freddie nos mandó a una boba caza de gansos. Si esos tres chavales son investigadores, me como el sombrero.
>
> Mujer: Freddie no se equivoca a menudo. Dijo que los tres son listos. Lo ha comprobado. Se llaman a sí mismos Los Tres Investigadores.
>
> Hombre: Fantasías. Dudo que jamás hayan resuelto nada, excepto mi mala suerte. Si alguna vez vi a un chico de cara boba, ése es el gordo.
>
> Al oír esto, Pete y Bob se aguantaron una risita. Júpiter había lucido su aspecto de estúpido. Empero no le preocupó mucho el comentario.
>
> Mujer: Lo mismo da, Freddie dijo que los siguiéramos, por si se ponían en contacto con alguien. Creo que trabajan para la CIA.
>
> Hombre: No saben nada que puedan decir. Simplemente pasean como chicos normales. ¡Que los siga otro!
>
> Mujer: ¿No intentarás persuadirlos de que aconsejen al príncipe que secunde los planes del duque Stefan?
>
> Hombre: No lo considero una buena idea. Para mí que dará más resultado utilizar la técnica de siempre. Echemos al príncipe, y que el duque Stefan siga de regente. Ya habrá ocasión de imponer la voluntad de nuestro sindicato y el de Roberto. Así nosotros seremos los verdaderos regidores de este país.
>
> Mujer: Será mejor que bajes la voz. Alguien puede oírte.

Hombre: No hay nadie cerca. No lo dudes, Mabel, ésta es la operación mejor montada que nadie soñó jamás. Cuando consigamos nuestros propósitos, con el duque Stefan de testaferro, no habrá quien nos tosa. ¿Has pensado alguna vez lo que harías si fueras dueña de tu propio país?

Mujer: Convertir este lugar en un centro de juego mayor que Montecarlo.

Hombre: Empero sin olvidar los negocios bancarios. Podemos ofrecer reservas y seguridad a los hombres de Estado que deseen ocultar su dinero donde nadie lo encuentre. Pero esto es sólo el principio. Derogaremos todas las leyes de extradición. Con eso, ningún gobierno podrá solicitar la detención de criminales que se refugien aquí. Toda persona deseada en cualquier parte del mundo estará a salvo entre nosotros, mientras pueda pagar nuestros impuestos. Varania será un paraíso para los bribones.

Mujer: Buena idea, siempre que el duque Stefan secunde nuestros planes.

Hombre: Tendrá que hacerlo, si quiere conservar el poder. Está en nuestras manos. Te aseguro que Varania es una pera dulce y jugosa que espera ser cogida por nosotros.

Mujer: ¡Chist! Regresan.

Júpiter giró de modo casual la cámara, al mismo tiempo que cerraba el magnetófono.

—¡Canastos! —exclamó Pete—. Bert Young tenía razón. Esto es realmente malo. Intentan convertir el país en un paraíso de malhechores.

—Tenemos que decírselo a Bert Young —exclamó Bob.

Júpiter frunció el ceño.

—Creo que sí. Me gustaría que oyera toda la cinta, pero eso duraría demasiado. Le transmitiremos un extracto de lo grabado.

Cogió la cámara y fingió cambiar de película. Puso en marcha el transmisor y dijo:

—Primero al habla. ¿Me oye?

—Perfectamente —contestó Bert Young—. ¿Nuevos acontecimientos?

Júpiter contó lo sucedido con la mayor brevedad posible.

—Malo —respondió Bert Young—. El hombre y la mujer que me describes son Max Crogan, jugador de Nevada y su esposa. Son miembros del gran sindicato del crimen, en Estados Unidos. Sin duda, Freddie es Macgraw, conocido por «Dedos». El otro es Roberto Roulette. Ambos son jugadores de los grandes tiempos. Este asunto es más complicado de cuanto imaginamos. Estos bribones intentan apoderarse de Varania.

»Advierte al príncipe Djaro en la primera oportunidad que tengas. Mañana veníos a la Embajada. El palacio no es ya muy seguro. Ayudaremos a Djaro, si él lo solicita.

»Lo habéis hecho estupendamente… más de lo que soñamos que podríais hacer. Pero desde ahora en adelante, ¡cuidado!

Capítulo 6

Hallazgo

Los Tres Investigadores pasaron el resto de la tarde inspeccionando. Visitaron unas tiendas típicas y un interesante museo. Luego navegaron en un pequeño barco de excursión río arriba.

Rudy les advertía de cuando en cuando que aún eran seguidos. No obstante, esta vez eran miembros del Servicio Secreto de Varania, que obedecían órdenes del duque Stefan.

—Quizá sólo os protejan —aventuró Rudy—, pero lo dudo. Demuestran demasiado interés por vosotros. Me gustaría saber por qué.

Ellos también lo desearon. En realidad no había causa que justificase tan inusitado interés. Hasta entonces nada hicieron de sospechoso, y mucho menos que pudiera ayudar al príncipe Djaro.

De cuando en cuando pasaban por delante de pequeños grupos de personas que tocaban instrumentos musicales en las esquinas de las calles.

—Trovadores —informó Rudy—. Todos son miembros de la familia que albergó el príncipe Pablo. Yo también lo soy. Mi padre fue primer ministro hasta que el duque Stefan lo desbancó. Somos fieles al príncipe Djaro, y por decreto del príncipe Pablo, no pagamos impuestos.

»Hemos formado una sociedad secreta opuesta al duque Stefan. Nos llamamos el Partido de los Trovadores, o simplemente: Trovadores. Al pueblo no le gusta el duque Stefan, os lo digo.

Cada vez que pasaba por delante de un grupo de trovadores, Rudy aminoraba la marcha del vehículo. Entonces uno de los músicos le hacía un ligero saludo, y él aceleraba de nuevo.

—Nada impide que dos practiquen el mismo juego —murmuró—. Vigilamos a los que vigilan. Tenemos gente nuestra en palacio, incluso entre la guardia real. Sabemos mucho. Pero ignoramos por qué os habéis convertido en tan importantes para ellos. Quizá tramen algún desaguisado político, y los que organiza el duque Stefan resultan ser muy desagradables.

Siguieron su recorrido turístico, olvidándose gradualmente de sus espiadores. Se divirtieron en un majestuoso tiovivo del parque, y cenaron en un restaurante especializado en pescados finos de río.

Cuando regresaron a palacio, se hallaban muy fatigados; pero satisfechos y felices.

El chambelán real, un hombrecillo nervioso con vestiduras escarlatas, se apresuró a saludarles.

—Buenas noches, jóvenes caballeros. El príncipe Djaro lamenta no poderles ver esta noche, si bien compartirá su desayuno con ustedes mañana por la mañana. Les conduciré a su habitación, pues me temo que ustedes no la encontrarían solos.

Los acompañó por un laberinto de pasillos y escaleras hasta la habitación. En cuanto entraron se alejó, como si tuviese algo importante que hacer de inmediato.

Los chicos cerraron la gruesa puerta de roble e inspeccionaron la habitación. Había sido ordenada y aparecía hecha la cama. Bob advirtió la enorme telaraña que seguía en el mismo ángulo, junto a la cabecera de la cama. Una araña negra y oro corrió en cuanto ellos entraron y se ocultó en una pequeña grieta.

Bob se sonrió. Ya había aceptado que las arañas eran prácticamente sagradas en Varania, y hasta llegó a creerlas bonitas si se las examinaba de cerca.

—Carecemos de novedades —contestó Júpiter—. Sin embargo, sugiero establecer comunicación con el señor Young. Quizá quiera darnos instrucciones. Como medida de precaución, Pete, cierra con llave la puerta.

El aludido cerró con llave. Júpiter abrió su cámara y pulsó el botón de la comunicación.

—Primero llama a la central. ¿Me oye?

—Perfectamente —respondió Bert Young—. ¿Hay novedades?

—¡Nada especial! —contestó Júpiter—. Mientras paseábamos nos siguieron todo el tiempo hombres del Servicio Secreto del

duque Stefan.

—Está preocupado con vosotros —dijo pensativo Bert Young—. ¿Habéis hablado con Djaro? ¿Cómo se ha tomado la noticia?

—No hemos podido verle. El chambelán real dice que lo veremos mañana.

—Hum —a través de la radio casi notaron cómo reflexionaba Bert—. Me pregunto si lo mantendrán alejado adrede. Es de vital importancia que lo veáis por la mañana y se lo digáis. Ahora saca la cinta de tu cámara y guárdatela en un bolsillo. Quiero que me la traigas mañana, a la Embajada. Sal como si fueras de paseo y haz que el chófer te traiga aquí. Es posible que ahora las cosas se pongan al rojo vivo. ¿Comprendido?

—Sí, señor —contestó Jupe.

—Buscamos una fórmula que nos permita ayudar al príncipe Djaro. El duque Stefan ejerce un control tan rígido sobre la radio, la prensa y la televisión, que no podemos utilizar esos medios para prevenir a la gente del país. No obstante, confiamos en hallar un medio. Hasta mañana pues, y no olvidéis que estáis relevados de obligaciones.

—Conforme, señor —aceptó Júpiter—. Corto y fuera.

Cerró la transmisión y abrió el fondo de la cámara de donde sacó un diminuto carrete de cinta.

—Toma, Pete, guarda esto y no permitas que alguien te lo quite.

—Entendido —dijo Pete, que ocultó la cinta en uno de sus bolsillos interiores.

Mientras Jupe hablaba a Bert Young. Bob había buscado en el cajón de un gran armario un pañuelo. Halló los suyos donde los colocara, pero al coger uno oyó un leve ruido. Intrigado, quiso saber qué lo había ocasionado. Advirtió algo pesado y metálico oculto debajo de sus pañuelos. Lo sacó, y, al verlo, gritó:

—¡Jupe! ¡Pete! ¡Mirad!

Éstos se giraron sorprendidos.

—¡Una araña! —exclamó Pete tragando saliva—. ¡Suéltala!

—Es inofensiva —aclaró Júpiter—. Es una araña «Príncipe Pablo». Ponla en el suelo, Bob.

—¿Pero es que no lo entendéis? —exclamó Bob—. ¡No es una araña! ¡Es *la* araña!

—¿La araña? —repitió Pete—. ¿Qué quieres decir?

—Es la araña de plata de Varania. La que falta de la cámara de las joyas. Tiene que serlo. Es tan perfecta que parece real. Está hecha del mismo metal que la otra, sólo que es mucho mejor.

Júpiter observó la joya.

—Tienes razón. Esto es una obra maestra. Debe de ser la verdadera. ¿Dónde la encontraste?

—Debajo de mis pañuelos. Alguien la ocultó aquí. No estaba esta mañana, lo sé.

El ceño de Júpiter se frunció. Pensaba intensamente.

—¿Por qué habían de ocultar la araña de Varania en nuestra habitación? —se preguntó a sí mismo—. Carece de lógica a menos que alguien quiera acusarnos de robo. En aquella caja…

—¿Qué haremos, Jupe? —preguntó Pete, angustiado—. ¡Si la encuentran en nuestro poder, quizá nos sentencien a muerte!

—Creo… —empezó Jupe.

Pero sus amigos carecieron de oportunidad para saber lo que pensaban. Oyeron fuertes pisadas procedentes del corredor en que se hallaba la habitación. Luego fueron golpes en la puerta, y una voz enojada.

—¡Abrid la puerta en nombre del regente! ¡Abrid a la ley!

Júpiter y Pete se abalanzaron a la puerta y corrieron un enorme cerrojo de hierro.

Bob, demasiado sorprendido para pensar claramente, se quedó en pie con la araña de Varania en la mano, preguntándose confusamente qué podía hacer.

Capítulo 7

¡Huida!

Los nudillos tronaban imperiosamente en la madera.

—¡Abrid en nombre del regente!

—¡Abrid a la ley! —gritaron de nuevo.

Pete y Júpiter se apoyaron contra la puerta como si el peso de ambos pudiera ayudar a mantenerla cerrada. Bob miraba la bellísima araña de plata en su mano, mientras su mente giraba vertiginosamente. ¡Era preciso ocultarla! ¿Pero dónde?

Recorrió apresuradamente la habitación, en busca afanosa de un escondite, sin que viera ninguno. ¿Debajo de una alfombra? ¡No! ¿Debajo del colchón? ¡Tampoco! Entonces, ¿dónde?

Los golpes arreciaban, con peligro de echar abajo la puerta. La situación se hacía cada vez menos sostenible. De repente, advirtieron que las cortinas del balcón se hacían a un lado, y un joven penetraba por allí. Pete y Júpiter se giraron para repeler tan inesperado ataque.

—Soy yo, Rudy —murmuró el recién llegado—. Mi hermana Elena me acompaña.

Ésta entró detrás de él. Vestía pantalones.

—¡Vamos! —apremió—. Tenéis que huir. Quieren arrestaros por un grave crimen de Estado.

Los golpes contra la puerta arreciaban. Alguien empleaba un hacha. Pero la gruesa madera de roble aguantaría unos minutos.

Todo sucedía tan rápidamente, que ninguno de los chicos supo actuar con calma. Lo importante para ellos era salir de allí.

—¡Vamos, Pete! —gritó Júpiter—. ¡Bob, tráete la araña de plata!

Bob vaciló un momento, pero corrió a unirse al grupo. Elena los

precedió hacia el balcón. La noche era fresca e iluminada por las luces de la ciudad.

—La cornisa que rodea el edificio —comentó Elena— es lo suficiente ancha, si mantenéis la calma. Yo guiaré.

Trepó por la balaustrada del balcón hasta ponerse de pie en la cornisa de piedra. Júpiter vaciló.

—¡Mi cámara! ¡La olvidé!

—No hay tiempo ahora —apremió Rudy—. La puerta resistirá dos minutos, quizá tres. No podemos perder un segundo.

No hubo más remedio que abandonar la cámara-radio. Jupe siguió a Pete.

De cara a la pared, presionados los cuerpos contra la tosca piedra del palacio, avanzaron tras Elena, que se movía tan de prisa y con tanta seguridad como un gato.

Ninguno de ellos pensaba en el riesgo de caer y estrellarse contra el pavimento. Detrás oían los demoledores golpes que hendirían la puerta del dormitorio. Llegaron a la primera esquina, y el viento de la noche les azotó. Bob perdió por un momento el equilibrio, teniendo a sus pies el caudaloso río Denzo. Pero la mano de Rudy logró afirmarlo de nuevo, Bob, recuperado el equilibrio, siguió a los otros.

—¡Más de prisa! —apremió Rudy.

Un par de palomas, alterado su reposo en la cornisa, alzaron el vuelo asustadas. Bob reprimió un impulso de agacharse y siguió a los otros por encima de la balaustrada de otro balcón. Allí se reunieron un momento los cinco.

—Ahora tenemos que escalar —susurró Elena—. Espero que seáis buenos escaladores, porque es el único camino. Aquí está la cuerda. Hemos hecho nudos en ella. Aquí hay otra, que cuelga hasta el balcón de abajo, para engañarles.

La joven ascendió por la cuerda, sin aparente esfuerzo. Pete la siguió fácilmente. Pero no Júpiter, que gruñía y resoplaba. Bob esperó a que su jefe se izase unos metros. Luego empezó el dificultoso ascenso. Rudy había retrocedido hasta la esquina, para comprobar si eran ya perseguidos.

—Aún luchan con la puerta —dijo—. Eso nos ayudará.

—¿Qué dices? —preguntó Bob.

Al volver la cabeza para mirar a Rudy tuvo una fatal distracción.

Su mano resbaló del nudo que apretaba, y la cuerda se deslizó entre sus dedos. Cayó de espaldas a la oscuridad. Empero, algo se interpuso en su violento descenso. Fue el cuerpo de Rudy. Los dos aterrizaron en el balcón. La cabeza de Bob golpeó la baranda.

—¡Bob! —Rudy se inclinó sobre él—. Bob, ¿me oyes? ¿Estás herido?

El tercer investigador abrió los ojos y parpadeó. Luces de colores oscilaron y desaparecieron. Vio la cara de Rudy inclinada sobre la suya. Estaba tendido en la piedra, herida su cabeza.



—Bob, ¿estás bien? —preguntó apremiante Rudy.

—Me duele la cabeza. Pero creo que estoy bien.

Sentóse lentamente y miró a su alrededor. Estaba en un balcón; es todo lo que podía decir. A su lado la oscura mole del palacio subía hacia arriba. Debajo de él oía la impetuosa corriente del río, y lejos brillaban las luces de Denzo.

—¿Qué pasó aquí? —preguntó a Rudy—. Te vi entrar por la ventana y gritarnos que saliéramos, y ahora me encuentro en un balcón con un chichón en la cabeza. ¿Qué ocurrió?

—¡Que el príncipe Pablo nos proteja! —gimió Rudy—. Al caer te golpeaste. No hay tiempo para hablar. ¿Puedes escalar? Aquí está la cuerda. ¿Puedes trepar por ella?

Colocó la cuerda en las manos de Bob, que no lograba acordarse de ella. Sentíase débil y tembloroso. La cabeza le latía.

—No sé —dijo—. Lo intentaré.

—¡Espera! —Rudy adoptó una decisión—. Te izaremos. Estate quieto. Te sujetaré con la cuerda alrededor del pecho, por debajo de los hombros.

Ató el cabo libre de la cuerda alrededor del cuerpo de Bob.

—Ya está. Primero subiré yo, y luego te izaremos. La pared es tosca y tiene grietas. Si no puedes ayudar, permanece a peso muerto. Tiraremos de ti —alzó la cabeza y gritó a los de arriba—: ¡Subo! Hay novedades.

Rudy escaló por la cuerda en la oscuridad. Bob se quedó en el balcón palpándose con los dedos el golpe en la cabeza, mientras se preguntaba cómo había ido a parar allí. Él y los otros debieron de seguir a Rudy, pero de eso no se acordaba. Su último recuerdo era el de Rudy en la ventana mientras las hachas golpeaban la puerta de la habitación.

Arriba, Rudy saltó a una ventana donde aguardaban sus amigos y hermana.

—Bob se golpeó. Ha vuelto en sí, pero hemos de izarlo. Entre los cuatro podemos hacerlo.

Tiraron de la cuerda, y rápidamente surgieron las dificultades. Los nudos se trabaron en el alféizar, y hubo que hacerlos saltar uno a uno. Afortunadamente, Bob no pesaba mucho y pronto su cabeza y hombros aparecieron en el hueco de la ventana. El muchacho saltó al interior y se liberó de la atadura.

—Aquí estoy —exclamó—. Me encuentro bien, salvo que me duele la cabeza. No consigo recordar cómo fui a parar a ese balcón.

—Lo que importa es que tu cabeza esté despejada —comentó Elena.

—Estoy bien —aseguró Bob.

Se hallaron en otro dormitorio del palacio, húmedo y polvoriento, y sin muebles. Rudy y Elena se acercaron de puntillas a la puerta, la abrieron un poco y se asomaron al pasillo.

—No hay moros en la costa, al menos de momento —informó Rudy—. Bien, ahora hemos de buscar un escondite. ¿Qué te parece, Elena, si los llevamos a los sótanos?

—A una de las mazmorras, querrás decir —corrigió Elena—. No me parece sitio adecuado. La cuerda que abandonamos hará que los guardias vigilen la parte baja del palacio. Esperarán a que Júpiter, Pete y Bob intenten llegar allí. ¡Mirad!

La muchacha señaló hacia un pequeño patio, donde se movían luces.

—Hay guardianes en el patio —anunció—. Prefiero subir al tejado. Más tarde, quizá mañana por la mañana, podremos deslizamos a las mazmorras y salir por las alcantarillas a la ciudad. Entonces no habrá dificultad en alcanzar la Embajada estadounidense.

—Buena idea —convino Rudy, que se volvió a los tres—. ¿Subimos? Esta parte de palacio no se usa y nadie la registrará, si logramos hacerles creer que hemos huido hacia abajo. Dame tu pañuelo, Júpiter.

Rudy no esperó a que se lo diera, sino que se lo cogió del bolsillo. Era un pañuelo blanco doblado, con las iniciales J. J.

—Con él sembramos una pista falsa —prosiguió—. Ahora seguidme. Tú, Elena, cubre la retirada.

Se enrolló la cuerda alrededor de la cintura, y salió al corredor, seguido de los otros. Caminaban veloces, pero silenciosos, hacia unas escaleras de piedra que subían al piso superior, y que se hallaban totalmente a oscuras.

Con la linterna, Rudy localizó una puerta casi invisible en la pared. La abrió con un quejumbroso gemido de goznes que alarmó a todos. Afortunadamente no había nadie allí que pudiera oírlos.

Como fantasmas desaparecieron por la puerta abierta, y

ascendieron por un estrecho tramo de escalones de piedra. Otra puerta les facilitó la subida a un amplio tejado del palacio. Las estrellas brillaban en el firmamento sobre sus cabezas. El tejado aparecía rodeado por un muro, cortado a intervalos por troneras.

—Por estas troneras disparaban flechas o vertían aceite caliente a los atacantes —comentó Rudy—. Ahora vivimos en paz, y el tejado no se emplea como torre de observación. También hay garitas de piedra para los centinelas en cada rincón.

Atravesaron el tejado hasta alcanzar una de ellas. Su puerta de madera se abrió, no sin cierta protesta. La linterna de Rudy iluminó el interior polvoriento, donde había cuatro bancos de madera lo suficiente amplios para servir de camas. Estrechas troneras atravesaban las gruesas paredes.

—En tiempos los centinelas vigilaban desde estas garitas —explicó Rudy—. Estaréis seguros aquí hasta que vengamos en vuestra busca, probablemente mañana por la noche.

Júpiter se dejó caer en el banco.

—Demos gracias a que hace buena temperatura —comentó—. Aún no sé qué ha originado esta situación.

—Una intriga palaciega —explicó Elena—. Teníais que ser acusados de robar la araña de plata de Varania, para forzar al príncipe Djaro a renunciar a ser coronado. Claro que eso es una tontería, por cuanto nunca lograríais robar la araña de plata.

—Desde luego —admitió Júpiter—, nunca hubiéramos podido robarla. Sin embargo, la tenemos. Muéstrala, Bob.

Éste se registró los bolsillos de su chaqueta. Alarmado, trató de hallarla en los pantalones. Al fin tragó saliva y dijo:

—Lo siento, Jupe; no la tengo. La he perdido.

Capítulo 8

Bob no puede recordar

—¿Que tenías la araña de plata y la has perdido? —Rudy miró desalentado a Bob.

—¡Eso es terrible! —se lamentó Elena—. ¿Cómo puede suceder una cosa así?

Júpiter explicó que el príncipe Djaro les había informado de que la araña de plata había sido robada, y que les pidió ayuda para encontrarla. El príncipe los había llevado a la cámara, donde les mostró una imitación de la auténtica. También manifestó que les hizo partícipes de sus sospechas, en cuanto a que el duque Stefan se había apoderado de ella con fines perversos, pues quería evitar la coronación del príncipe Djaro. Bob narró cómo había encontrado la verdadera araña oculta entre sus pañuelos.

—Empiezo a entender la trama —murmuró Rudy—. El duque Stefan hizo ocultar la araña en vuestra habitación, y ordenó a sus hombres que os arrestasen. Estaba seguro de encontrar la araña en vuestro poder. Luego, al acusaros de su robo, el príncipe resultaría culpable por haberos facilitado la oportunidad. Djaro caería en desgracia, y vosotros seríais expulsados del país. Las relaciones diplomáticas con Estados Unidos quedarían suspendidas. El duque Stefan continuaría gobernando como regente, hasta hallar un pretexto para proclamarse a sí mismo príncipe de Varania.

»Desgraciadamente, si no aparece la araña, seguirá en el poder, y vosotros seréis acusados, aun cuando consigamos llevaros a salvo a la Embajada.

Pete sacudió la cabeza.

—Aún no comprendo —comentó—, por qué la araña es tan

importante. ¿Qué hubiera sucedido de haberse perdido en un incendio, o algo parecido?

—El país entero estaría de luto —intervino Elena—. Pero el príncipe no sería culpable. En realidad, resulta difícil de explicar lo que la araña de plata del príncipe Pablo significa para nosotros. No es meramente una joya, sino un símbolo. Representa cuanto adoramos… libertad, independencia, prosperidad.

—Quizá seamos supersticiosos —intervino Rudy—. Según la leyenda, el príncipe Pablo manifestó al ser coronado, que tal como una araña lo había salvado y había permitido que él ganase la libertad para su gente, así la libertad y la fortuna reinaría mientras la araña de plata permaneciera segura. Puede que no dijese esto exactamente, pero todo varanio lo cree sin la menor reserva mental. La perdida de la araña supondría una calamidad nacional. Si lograsen que el príncipe Djaro apareciese responsable de su pérdida, aunque fuera indirectamente, todos los varanios que ahora lo aman, lo considerarían indigno.

Y después de una larga pausa, añadió:

—A menos que podamos restituir la araña de plata al príncipe Djaro, el duque Stefan conseguirá sus propósitos.

—¡Repámpanos! —exclamó Bob—. ¡Menuda situación! Ayudadme a buscarla. Quizá yo no supe encontrarla en mis bolsillos.

Pete y Júpiter registraron los bolsillos de Bob, girándolos del revés. Incluso buscaron en las vueltas de sus pantalones. Pero, desgraciadamente, fue inútil. Bob no tenía la araña.

—¡Piensa, Bob! —apremió Júpiter—. La tenías en tu mano. ¿Qué hiciste con ella?

Bob frunció el ceño, intentando reflexionar.

—No lo sé. La última cosa que recuerdo son los golpes en la puerta y Rudy que penetró en nuestro dormitorio. Luego hay una laguna en blanco, hasta que vi a Rudy inclinado sobre mí en el balcón.

—Amnesia parcial —comentó Júpiter, presionándose el labio—. Cuando alguien recibe un golpe en la cabeza, no es difícil que olvide todo lo que ha sucedido. A veces, ese estado le dura días, e incluso semanas. En otras ocasiones, sólo minutos. Suele ocurrir que gradualmente se recupera el conocimiento de los hechos; si bien

cabe la posibilidad de que algunos de estos hechos jamás se recuerden. Sin duda Bob al golpearse la cabeza olvidó los sucesos ocurridos en los tres o cuatro minutos últimos.

—Eso debió de ocurrirme —se lamentó Bob, palpándose el chichón—. Tengo una leve sensación de haber recorrido la habitación, intentando hallar un lugar donde ocultar la araña. Pese a mi excitación en aquel momento recuerdo no haber hallado un sitio idóneo. Pensé en ocultarla debajo del colchón o de la alfombra, o detrás del armario. Empero desistí por temor a que fuera encontrada.

—Tu reacción natural —aventuró Rudy—, sería guardarte la araña en el bolsillo, al verme. En tal caso, la perderías al caerte.

—También pudiera ser que la conservase en la mano cuando me precipité al balcón —dijo Bob, desalentado—. No desecho la posibilidad de que al caminar por la cornisa, abriese la mano, soltándola. Quizá esté en la cornisa, o tal vez fue a parar al patio.

—Si se cayó al patio, la encontrarán —comentó Rudy, después de largo silencio—. No tardaremos en saberlo. Pero si la encuentran…

Miró a Elena.

—Los hombres del duque Stefan probablemente no registrarán vuestra habitación —habló ella—. Pensarán en que la lleváis encima. Luego, si no aparece en el patio, mañana por la noche tendremos que regresar a buscarla.

Capítulo 9

Planes de escape

Durante la larga noche Los Tres Investigadores permanecieron ocultos en la garita de centinelas en el tejado de palacio. Nadie registró aquella parte. Luego, era evidente que la persecución se había orientado hacia las dependencias inferiores. La cuerda en el balcón y el pañuelo de Júpiter, abandonado en la entrada de los sótanos, engañó a las huestes del duque.

Después que Rudy y Elena los dejasen, los tres amigos se tendieron en los bancos de madera, e intentaron dormir. La incomodidad de los improvisados lechos y las aventuras de la noche, no impidieron que gozasen de un profundo sueño.

El sol de la mañana despertó a Pete, que bostezó antes de desentumecer sus músculos. Júpiter hacía ya ejercicios para devolver la agilidad a su cuerpo. Pete buscó sus zapatos, se calzó y su puso en pie. Bob aún dormía.

—Parece un buen día —comentó Pete, asomándose por una de las troneras—. Si exceptuamos que tal vez no tendremos oportunidad de desayunarnos, comer o cenar. Me sentiría mucho mejor si supiese que mi estómago no va a sufrir semejante suplicio.

—Yo agradecería muchísimo más saber que podremos salir de palacio —replicó Júpiter—. Me gustaría conocer los planes de Rudy.

Pete miró a su dormido compañero.

—Y yo daría algo por saber si Bob recordará qué hizo con la araña de plata cuando se despierte.

Al conjuro de estas palabras, Bob parpadeó antes de abrir definitivamente los ojos.

—¿Dónde estamos? —preguntó, llevándose la mano a la parte posterior de la cabeza—. ¡Uf, cómo duele!

—¿Recuerdas qué hiciste con la araña de plata? —preguntó Pete.

Bob sacudió la cabeza.

—Sé donde estamos. Y recuerdo que me golpeé la cabeza, y todo cuanto me dijisteis.

—Es inútil preocuparse, Bob —comentó Júpiter—. Tengamos paciencia, y esperemos a que tu memoria vuelva sola. Puede ser que algo lo haga, y puede que no.

—¡Oh, oh! —exclamó Pete, que miraba por una de las troneras —. Alguien viene por el tejado. ¡Mira hacia aquí!

Los tres se apiñaron a observarlo. Un hombre algo encorvado, con un gran delantal, se hallaba cerca. Traía una escoba, un cubo y un paño. Miró furtivamente a todos lados, luego soltó los útiles de limpieza y se acercó decidido a la garita.

—Déjalo pasar, Pete —ordenó Júpiter—. No es un guarda, y, evidentemente, sabe que estamos aquí.

Pete se apartó de la puerta y el hombre se introdujo dentro, con un suspiro de alivio.

—Un momento —exclamó en inglés—. Debo asegurarme de que no me han seguido.

Observaron por la tornera durante un par de minutos. Al no aparecer nadie más, todos se relajaron.

—Bien —explicó el desconocido—. Soy el mozo de la limpieza. Vine a cumplir un encargo de Rudy. Mi amigo quiere saber si Bob recuerda.

—Dígale que no —contestó Júpiter—. Bob no recuerda.

—Así lo haré. Rudy os ruega que seáis pacientes. Tan pronto sea de noche, vendrá a buscaros. Mientras, aquí hay comida.

El recién llegado se sacó de los bolsillos de su amplio delantal varios bocadillos envueltos, una bolsa de plástico llena de agua y frutas.

Los muchachos aceptaron la comida con gran satisfacción. El hombre no se entretuvo.

—Debo regresar a mi puesto. Abajo todo es nerviosismo. Sed pacientes y el príncipe Pablo extenderá su protección a vosotros y nuestro príncipe.

Cuando se marchó, Pete mordió agradecido un bocadillo.

—Hay que racionar la comida para hacerla durar todo el día —decidió Júpiter, entregando un bocadillo a Bob—. Especialmente el agua. Bien, después de todo, estamos de suerte, pues Rudy y Elena tienen amigos en palacio.

—Estoy de acuerdo contigo —respondió Bob—. ¿Qué explicó ayer de la organización de trovadores que ayuda al príncipe Djaro? Me dolía la cabeza y no le presté mucha atención.

—Al menos recuerdas eso —comentó Júpiter entre mordiscos—. Te lo explicaré. Rudy nos contó que su padre fue primer ministro durante la época del padre del príncipe Djaro. También dijo que pertenece a la familia de trovadores que salvó al príncipe Pablo.

»Cuando el duque Stefan se apoderó de la regencia, el padre de Rudy fue obligado a dimitir. Pero él sospechó del duque Stefan, y se dedicó a organizar la oposición reuniendo a los leales al príncipe Djaro, en una organización secreta encargada de vigilar todos los actos del duque Stefan. Esta organización se llama *Junta de Trovadores*.



»Algunos están el palacio en calidad de guardas u oficiales. Incluso el hombre de la limpieza que nos trajo la comida es uno de ellos. Anoche, trovadores leales pertenecientes a la guarnición de palacio, supieron del plan de arresto contra nosotros, y lo notificaron al padre de Rudy. Nuestro amigo y su hermana se dieron prisa y llegaron a tiempo de ayudarnos. De niños vivieron en palacio, y esa es la razón de que ahora conozcan todos sus rincones, pasadizos secretos, mazmorras y alcantarillas que nadie más sabe. Eso les permite entrar y salir sin ser vistos. Recordad que Djaro nos habló del palacio construido sobre las ruinas de un viejo castillo.

—Me parece muy bien —intervino Pete—; sin embargo, eso no ha impedido que ahora seamos ratoncillos atrapados en palacio. ¿Crees que Rudy y Elena podrán sacarnos de aquí esta noche, siempre que nadie nos sorprenda antes?

—Eso espero —contestó Júpiter—. Ahora tratan de reunir el mayor número posible de trovadores que nos ayuden. En cuanto a nosotros, necesitamos salir de aquí para entregar la cinta grabada en nuestra Embajada. Es una prueba decisiva.

—Estaría más seguro de nosotros mismos si fuéramos James Bond —gruñó Pete—. Él siempre se sale de toda situación enojosa. Empero ni yo ni tú somos James Bond. Me inquieta la extraña sensación de que las cosas no se van a resolver con la facilidad que se imagina Rudy.

—Sin embargo, hemos de intentarlo —comentó Júpiter—. Sólo si logramos alejarnos de aquí podremos ayudar a Djaro. Y, ciertamente, a eso vinimos. Empero, no hay posibilidad de que actuemos hasta que volvamos a tener noticias de Rudy y Elena. Segundo, ¿te has percatado de que te acabaste el desayuno y te dispones a devorar la ración de mediodía?

Pete se guardó el bocadillo al que ya enseñaba los dientes.

—Gracias por tu aviso, Jupe. Me habría entristecido no comer luego. Presiento un día muy largo, si nos lo pasamos aquí en el tejado.

Ciertamente resultó largo el día. Los Tres investigadores se turnaron en la vigilancia y en sestear. Pero todo llega, y el sol se convirtió en una bola carmesí detrás de la cúpula dorada de la iglesia de San Dominico, mientras los pájaros piaban soñolientos en los parques de Denzo.

Con la incipiente oscuridad, el palacio se acalló. Pronto las únicas personas despiertas fueron los guardianes, que hacían turnos en los puestos de vigilancia. Hacía demasiado tiempo que nada sucedía en Varania, para que la vigilancia fuese eficaz, pese a las órdenes impartidas al respecto.

En los profundos y oscuros sótanos de palacio, dos figuras silenciosas se deslizaron furtivamente por rutas secretas que sólo ellos conocían. Lentamente, Rudy y Elena subieron los peldaños de una escalera de emergencia, ayudados por el voluntario descuido de uno de los centinelas, sin duda perteneciente a la Junta de los Trovadores.

Pronto surgieron al silencio de la noche en el tejado, permaneciendo un rato agazapados para asegurarse de que nadie los seguía. Tranquilizados a este respecto, cruzaron tan silenciosamente el tejado, que estuvieron a punto de sorprender a Pete. Ya en el interior de la garita, Rudy encendió una linterna, que cubrió con un pañuelo.

—Estamos a punto para la marcha —dijo Rudy—. El plan es llevaros a la Embajada de Estados Unidos donde os encontraréis seguros. Se rumorea que el duque Stefan ha precipitado sus propios planes. Es posible que mañana mismo cancele la coronación del príncipe Djaro, y se proclame regente perpetuo.

»Desgraciadamente, nada podemos hacer para detenerlo. La gente asaltaría el palacio y rescataría al príncipe Djaro si lo supiera, pero no hay modo de decirles que se encuentra en peligro. Habíamos decidido apoderarnos de la emisora de radio y televisión, pero el duque Stefan es demasiado astuto, tiene el edificio muy bien guardado.

»Dime, Bob, ¿no has recordado todavía qué hiciste con la araña de plata? No ha sido encontrada en el patio.

Bob sacudió la cabeza, casi enfermo de tanto forzarse a recordar.

—Si tuviésemos la araña —preguntó Júpiter—, ¿ayudaría en alguna forma al príncipe?

—Desde luego —intervino Elena—. Los trovadores lanzarían una proclama en nombre del príncipe, pidiendo a los ciudadanos de Varania ayuda para vencer al tirano. La araña de plata demostraría que el manifiesto era realmente del príncipe. Eso aglutinaría muchas voluntades, que tal vez decantaría a nuestro favor la

situación. Empero, no hay que descartar la posibilidad de que fuéramos arrestados antes de llegar muy lejos.

—De todos modos —habló Júpiter—, para eso tendríamos que poseer la araña. Propongo que antes de abandonar palacio, busquemos la araña de plata a lo largo de la cornisa y en nuestra habitación. Pudiera ser que la encontrásemos en donde la perdió Bob.

—Eso encierra grave peligro —advirtió Rudy—. Pero entraña una posibilidad de hallarla. Después de todo, considero que vuestro dormitorio sería el último lugar donde a nadie se le ocurriría buscaros. Conforme; lo haremos.

Capítulo 10

Descenso peligroso

Antes de abandonar la garita, adoptaron todas las precauciones que se les ocurrió. Recogieron las envolturas de papel de la comida que habían ingerido, y las echaron por encima del muro. La corriente del río se las llevaría. Luego esperaron a que el palacio se sumiera en la quietud del sueño profundo. Al fin Rudy se decidió.

—Ya hemos esperado lo suficiente. He traído otras dos linternas. Una se la daré a Júpiter y otra a Pete. Empleadlas sólo en caso de necesidad. Yo iniciaré la marcha y Elena cubrirá la retaguardia. ¡Adelante!

En fila india cruzaron el tejado hasta la salida de la escalera de emergencia. El firmamento aparecía cubierto de espesas nubes, y gruesas gotas empezaron a caer.

Una vez dentro, caminaron cautelosos por las estrechas escaleras, deteniéndose a escuchar. No captaron sonidos, y reanudaron la marcha guiados únicamente por el resplandor de la linterna de Rudy, que se encendía y apagaba cual luciérnaga. A través de un oscuro corredor, llegaron a otra escalera, que desembocó en otro pasillo. Los muchachos sentíanse perdidos, pero Rudy parecía conocer donde estaban. Al fin entraron en una habitación, y Rudy echó el pestillo a la puerta.

—Descansaremos un momento —dijo—. Todo ha salido bien, pero he de advertiros que sólo hemos coronado lo más sencillo. De ahora en adelante habrá peligro. Sin embargo, confío en que ya no os busquen en palacio, con lo cual la sorpresa está de nuestro lado. Primero trataremos de localizar la araña, y después, tanto si la encontramos como si no, seguiremos hasta los sótanos. Desde allí

cruzaremos las mazmorras para adentrarnos en las alcantarillas. Elena y yo hemos recorrido antes el camino que seguiremos. Por él no tardaremos mucho en llegar a la Embajada de vuestro país, donde estaréis a salvo. Luego los trovadores pegarán carteles por toda la ciudad, proclamando que el príncipe Djaro está en peligro y que el duque Stefan intenta usurpar el trono. Después de eso… bueno, no sabemos qué sucederá.

»Ahora saldremos por la ventana y nos deslizaremos al balcón. Traigo una cuerda enrollada a la cintura. Elena tiene otra, pero la suya la reservaremos para los casos de emergencia.

Rudy sujetó fuertemente la cuerda y se deslizó fuera de la ventana. Con un cauteloso silbido avisó que había llegado al balcón. Pete y Júpiter lo siguieron.

Bob y Elena asomados a la ventana, vieron la linterna proyectada sobre el suelo del balcón. Sin duda buscaban la araña por si fue allí donde la perdiera Bob, al caerse de la cuerda la noche anterior.

Rudy apagó la linterna y los llamó.

—¡Bajad!

Bob y Elena se deslizaron por la cuerda, dejándola colgando para regresar por el mismo camino.

—La araña no está aquí —dijo Rudy—. Naturalmente, si se cayó al río… espero que no sucediera eso. Más bien creo que debió perderla al salir precipitadamente al balcón.

Empezaron a recorrer la cornisa de borde romo hasta la esquina. Un mal paso podía precipitarlos al río que discurría al fondo, silencioso y negro. No obstante, el avance era seguro si se caminaba fuertemente pegado a la pared. Rudy se detenía a menudo para explorar con su linterna la cornisa, en busca de la araña de plata. Empero llegaron al balcón inmediato sin hallarla.

Aquel balcón era el correspondiente al dormitorio que usaran Los Tres Investigadores. Rudy se asomó cauteloso para asegurarse de que no había nadie en la habitación. Mientras los chicos y Elena se cogían a la baranda, él repasó toda la superficie con la linterna.

La araña de plata no estaba en él balcón.

—¿Qué hacemos ahora? —susurró Pete.

—Entrar —respondió Júpiter—. Tenemos que buscar en la habitación.

Uno tras otro se deslizaron al interior y se quedaron en silenciosa fila, escuchando. El palacio se hallaba sumido en un gran silencio. El sonido de un grillo refugiado en algún lugar perturbaba la absoluta quietud.

—Un grillo en la habitación de uno significa buena suerte —susurró Pete—. Espero que esta vez sea cierto. La necesitamos.

—Según Bob, recorrió la habitación con la araña en la mano —murmuró Elena—. Quizá la perdió entonces. Tenemos que registrar toda la estancia. Buscaremos con la ayuda de las linternas. No podemos ser vistos desde fuera.

Se repartieron la superficie del suelo y de rodillas empezaron a recorrerlo. Bob, por carecer de luz, se arrastraba detrás de Pete.

La luz se posó encima de algo brillante. ¡La tenían! Cuando Bob cogió el brillante objeto, la decepción fue tremenda. La cosa brillante era meramente un trocito de aluminio del rollo de película que ellos habían abierto.

Después de esta falsa alarma, continuaron la búsqueda. Bob inspeccionó debajo de la cama, mientras Pete aguantaba la linterna para que viera mejor. Un animalito de color negro saltó asustado.

—¡Cri-cri! ¡Cri-cri! —Oyeron todos.

Habían localizado al grillo. Pete lo siguió con su luz y lo vieron saltar de debajo de la cama a la telaraña que aún colgaba en el ángulo de la habitación.

El grillo intentó librarse pero sólo consiguió enredarse más. Dos arañas vigilaban desde la grieta que había en el ángulo de la pared y el suelo. Una de ellas empezó a hilvanar pegajosos hilos alrededor del grillo. En un momento, quedó prisionero sin esperanza.

Bob sintió deseos de liberar al grillo, pero se contuvo. Para ello tendría que destruir la telaraña, y quizá matar la araña. Y ésta era el símbolo de la buena suerte en Varania.

—Dijiste que un grillo en la habitación de uno significaba suerte —dijo Bob a Pete—. Por desgracia él no la tuvo. Ojalá no nos ocurra a nosotros lo mismo.

Pete no respondió. Ambos amigos retrocedieron de debajo del techo y se unieron a los otros delante del armario. Júpiter y Rudy buscaban allí.

—¿Estás seguro, Bob, de no haber ocultado la araña de plata? —preguntó Júpiter—. No creo que la perdieras, pues la habríamos

encontrado, siempre que no la hallaran los soldados anoche.

—No la hallaron —respondió Rudy en voz baja—. El duque Stefan está encolerizado. Si hubiera sido encontrada sería todo sonrisas. Pero eso refuerza la teoría de que Bob debió de ocultarla. ¿No puedes recordarlo. Bob?

Éste sacudió negativamente la cabeza. No recordaba nada relacionado con la araña de plata.

—Bien, sigamos —animó Rudy—. Examinemos las maletas. Elena, tú mira debajo del colchón y de las almohadas, por si la escondió en alguno de esos sitios.

Pete y Júpiter registraron las maletas. Elena palpó debajo del colchón, las sábanas y las almohadas.

El resultado fue negativo.

Se reunieron de nuevo en el centro de la habitación.

—No está aquí —dijo Rudy, intrigado—. No hemos hallado la araña, y los soldados tampoco la encontraron. Sin embargo, ha desaparecido. Yo creo que cuando Bob salió al balcón la llevaba, y al saltar la barandilla para escapar por la cornisa se le caería. Empero no comprendo como no ha sido hallada en el patio.

—¿Qué hacemos ahora, Rudy? —preguntó Júpiter.

Generalmente, Júpiter era el jefe, pero esta vez, Rudy, por ser mayor y conocer el camino a seguir, había asumido el mando.

—Llevaros a lugar seguro —murmuró éste—. No queda otra cosa que hacer. Bien, retrocederemos…

La puerta se abrió de golpe. Intensa luz envolvió al grupo. Dos hombres con uniforme escarlata de guarda palaciegos, se precipitaron al interior.

—¡No se muevan! —gritaron—. ¡Quedan arrestados! Al fin atrapamos a los espías americanos.

Siguió un momento de gran confusión. Rudy se abalanzó a los dos hombres.

—¡Elena! —gritó—. ¡Llévalos a lugar seguro! ¡Déjame solo!

—Vamos —gritó ella, saltando al balcón—. ¡Seguidme!

Bob trató de precipitarse en su seguimiento, cuando Rudy se abalanzaba a las piernas del guardia más cercano. El otro cogió a Júpiter por el cuello de la camisa, y los cuatro se cayeron al suelo, arrastrando a Bob, que sin poderlo evitar quedó debajo de ellos. Pero al caer volvió a golpearse la cabeza. La alfombra amortiguó el

golpe, si bien no por ello dejó de ser fuerte. Por segunda vez, perdió el conocimiento.

Capítulo 11

El misterioso Antón

Bob, con los ojos cerrados, escuchaba a Júpiter y Rudy.

—Bien —decía Júpiter lúgubremente—, aquí estamos, cogidos como el grillo en una tela de araña. Nunca hubiese supuesto que había guardias a la puerta de nuestra habitación.

—Ni yo tampoco —exclamó Rudy en el mismo tono—. Al estar vacía, supuse que nadie vendría aquí. Menos mal que Pete y Elena lograron huir.

—¿Y qué pueden hacer ellos? —preguntó Júpiter.

—Lo ignoro. Quizá nada. Empero avisarán a mi padre de nuestra situación. Dudo que él logre rescatarnos, aunque sí podrá ocultarse y evitar la venganza del duque Stefan.

—Eso nos deja con el príncipe en la ratonera —murmuró Júpiter —. Vinimos a colaborar con Djaro, y lo que hemos hecho ha sido convertirnos en aguafiestas.

—¿Aguafiestas? —preguntó Rudy—. No entiendo la palabra.

—Le hemos perjudicado —explicó Júpiter—. Parece que Bob se recupera. El pobre lleva ya dos golpes de aúpa.

Bob abrió los ojos. Estaba tendido sobre el incómodo catre cubierto con una manta. Parpadeó a la amortiguada luz, y lentamente, sus ojos se fijaron en la oscilante llama, en la pared de piedra tras él y en el techo que tenía encima. Al otro lado de la habitación vio una recia puerta con sólo una mirilla. Jupe y Rudy estaban inclinados sobre él. Bob se incorporó, zumbándole la cabeza.

—La próxima vez que venga a Varania me pondré un casco de protección —dijo intentando sonreírse.

—Al menos te encuentras bien —exclamó Rudy.

—¿Recuerdas algo, Bob? —preguntó Jupe—. ¡Piensa ahora!

—Por supuesto que recuerdo a los guardias penetrando en la habitación, y también a ti y a Rudy luchando con ellos. Fue entonces cuando me caí y me golpeé la cabeza. Supongo que nos han encerrado en un calabozo.

—No me refiero a eso. ¿Recuerdas qué hiciste con la araña de plata? A veces un golpe provoca la amnesia y otro hace que recuperes la memoria.

Bob sacudió la cabeza.

—Todo sigue en blanco.

—Quizá sea mejor —comentó pesimista Rudy—. Así el duque Stefan no podrá forzarte a decir nada.

De repente oyeron ruido de llaves. La puerta, que era de hierro, se abrió hacia dentro. Dos hombres con el uniforme de la guardia real entraron provistos de linternas. En la mano derecha llevaban espadas.

—¡Vamos! —Gruñó uno de los hombres—. El duque Stefan os quiere en la sala de los interrogatorios. En pie. Caminad entre nosotros. No intentéis ninguna treta o será peor para vosotros.

Y agitó amenazador su espada.

Los muchachos se pusieron lentamente en pie. Con un guardia delante y otro detrás, salieron a un húmedo corredor de piedra. Hacia el otro lado, el corredor conducía a ignorados reinos de oscuridad. En la dirección en que caminaban había una ligera rampa. Pasaron por delante de otras puertas cerradas, y ascendieron un tramo de escaleras. En lo alto de ellas, dos guardias estaban en posición de firmes.

Los dos que los custodiaban los empujaron hacia una gran habitación iluminada con dos linternas. Bob dio un respingo, y hasta Júpiter palideció. Habían visto aquella clase de sala en películas de miedo. Era una cámara de torturas de muchos siglos atrás.

Allí descansaba un viejo armatoste donde ataban a las víctimas, de modo que sus huesos eran estirados por medio de grandes pesos. Más allá una enorme rueda servía para inmovilizar a los torturados mientras sus brazos y piernas eran golpeados con martillos. Había más ingenios, hechos de grandes maderos, cuya utilidad prefirieron

no adivinar. En el centro de la sala vieron una alta figura hueca de mujer hecha de hierro. Los goznes que flaqueaban uno de sus costados proclamaban que podía cerrarse. Estaba abierta y mostraba clavos oxidados. Cuando se cerraba la Doncella de Hierro, por cuyo nombre era conocida, los clavos oxidados… ni Jupe ni Bob quisieron pensarlo.

—¡La sala de los interrogatorios! —exclamó Rudy, temblorosa la voz—. Había oído hablar de ella. Se remonta a la época del Príncipe Negro John, un sanguinario príncipe de la Edad Media. No se ha usado desde entonces, que yo sepa. Creo que el duque Stefan nos ha traído aquí para asustarnos. ¡No se atreverá a emplear la tortura con nosotros!

Quizá Rudy tuviera razón, pero el potro de tortura, la rueda, la Doncella de Hierro y aquellos otros aparatos demoníacos descompusieron a Jupe y Bob.

—¡Silencio! —rugió un guardia a Rudy—. ¡Llega el duque Stefan!

Los guardias apostados a la puerta presentaron armas. El duque Stefan entró en la habitación, seguido del duque Rojas. En los ojos del primero había una fea mirada de placer.

—¡Así que los ratones cayeron en la trampa! —comentó el duque Stefan—. Bien, les ha llegado la hora del suplicio —y, dirigiéndose a ellos—: O me decís lo que quiero saber, o no tendré compasión de vosotros.

Los guardias trajeron un sillón, le quitaron el polvo, y lo colocaron delante del banco de madera donde los chicos estaban sentados.

El duque Stefan acomodóse y tamborileó con sus dedos sobre los brazos del sillón.

—Bien, Rudolf —dijo a Rudy—. Me satisface saberte complicado en esto. Eso me permite atacar a tu padre y a tu familia, sin olvidarme de ti.

Rudy apretó las mandíbulas, pero no respondió nada.

—En cuanto a vosotros, mis jóvenes americanos —rezongó el duque Stefan—, sois mis prisioneros. No tengo necesidad de preguntaros qué hacéis en mi país, pues las cámaras que olvidasteis en vuestra huida hablaron muy elocuentes. Ellas demuestran que sois agentes del Gobierno estadounidense, venidos a conspirar

contra la seguridad de Varania. Pero habéis cometido un crimen mayor que ese: ¡Habéis robado la araña de plata de Varania!

Se inclinó hacia delante, oscurecidas sus facciones.

—¡Decidme dónde está, y seré humanitario con vosotros! Pensaré que sois jóvenes e inexpertos. ¡Hablad!

—No la robamos —dijo audazmente Júpiter—. Alguien la ocultó en nuestra habitación.

—¿Ah, sí? —exclamó el duque Stefan—. Por lo menos lo admites. Ya es suficiente delito. Bien, poseo un corazón blando, y siento lástima de tu juventud y locura. Dime dónde está, devuélvemela y te perdonaré.

Bob esperó la respuesta de su amigo, que luego de vacilar, se decidió a contar la verdad.

—No sabemos dónde está.

—¿Me desafías? —preguntó colérico el duque Stefan—. ¡Responde tú! —Se dirigió a Bob—. Si deseas clemencia, mi pequeño ratón, dime dónde está la araña.

—Lo ignoro.

—¡La tuvisteis! —rugió el duque Stefan—. Lo habéis admitido. Luego sabéis donde está. ¿La ocultasteis? ¿Se la disteis a alguien? ¡Contestad o lo pasaréis muy mal!

—No sabemos donde fue a parar —respondió Júpiter—. Preguntaría toda la noche, y no podríamos decirle nada.

—Sois testarudos —el duque Stefan tamborileó sobre el brazo del sillón—. Sabemos curar ese mal. Disponemos de instrumentos que obligaron a hombres hechos y derechos, mucho más valerosos que vosotros, a chillar y hablar. ¿Cómo pensáis que se está en el interior de la Doncella de Hierro, sintiendo su lento abrazo?

Júpiter tragó saliva y guardó silencio. Rudy se mostró más audaz.

—¡No se atreverá! —exclamó—. Planea arrebatar el trono al príncipe Djaro, y quiere que el pueblo de Varania crea que usted es justo y amable. Si se supiera que ha torturado a alguien, sufriría el mismo destino del Príncipe Negro John. ¿Ha olvidado que el pueblo le arrancó uno a uno todos sus miembros?

—Tonterías de viejas parlanchinas —se mofó el duque Stefan—. Empero te diré que no necesito de la Doncella de Hierro para que vosotros digáis la verdad. Dispongo de otros medios.

Hizo señas a los guardianes.

—Traed al gitano; al viejo Antón —ordenó.

—¡Antón, el viejo! —exclamó Rudy.

—¡Silencio! —bramó el duque Stefan.

Los muchachos vieron cómo los guardianes introducían en la sala de torturas a un anciano que caminaba encorvado y apoyado en un bastón. Vestía harapos de brillantes colores y anillas de oro en sus orejas. Su rostro era semejante a una calavera. Dos brillantes ojos azules ardían en sus profundas cuencas.

El anciano avanzó pesadamente hasta situarse delante del duque Stefan.

—El viejo Antón está aquí.

En su tono se advertía un sentimiento de superioridad.

—Necesito de tus poderes —contestó el duque Stefan—. Estos muchachos saben algo que no quieren decir. ¡Averígualo!

La calavera del anciano dibujó una irónica sonrisa.

—El viejo Antón no acepta órdenes. Buenas noches, duque Stefan.

El rostro del duque se ensombreció ante la insolencia del gitano. Pero contuvo su furia. De su bolsillo extrajo varias piezas de oro.

—No te doy órdenes, viejo Antón. Busco tu ayuda. Te pagaré bien. Mira este oro.

Las huesudas garras del viejo se apoderaron de las piezas de oro, que desaparecieron entre sus harapos.

—Antón ayudará a quien es tan generoso —dijo, si bien pareció reírse—. ¿Qué quieres saber?

—Estos mozalbetes saben donde está la araña de plata de Varania. La han ocultado y se niegan a decir dónde. Yo lograría sacarles la verdad… —señaló los instrumentos de tortura—, pero me dan lástima. Tu gran poder no es doloroso. ¡Interrógales!

—El viejo Antón obedece —exclamó el anciano, que se volvió de cara a los muchachos.

De entre sus harapos se sacó una taza de bronce y una bolsita. Luego echó varios pellizcos de una materia parecida a semillas, y, para sorpresa de los dos amigos, prendió fuego a las semillas con un encendedor moderno. Espeso humo azul subió hacia el techo.



—Respirad, pequeños —invitó el viejo, pasando una y otra vez la taza por delante de ellos—. Respirad profundamente. Antón os ordena que respiréis el humo de la verdad.

Intentaron girar sus caras a un lado, pero fue inútil. El humo penetró en sus narices, y aspiraron. Su fuerte olor no era desagradable. De repente sintiéronse relajados y con una dulce sensación de sueño.

—Ahora miradme —ordenó el viejo—. Miradme, pequeñines. Mirad mis ojos.

De nuevo trataron de resistirse, sin conseguirlo. Miraron a los brillantes y azules ojos de Antón, que les parecieron pozos profundos llenos de agua, donde se caían.

—¡Hablad! —ordenó imperativo—. ¿Dónde está la araña de plata?

—No lo sé —contestó Rudy, luego de esforzarse en permanecer silencioso.

Bob y Júpiter repitieron las mismas palabras.

—No lo sé.

—No lo sé.

—¡Ah! —murmuró Antón—. ¡Respirad de nuevo, respirad profundamente!

Una vez más pasó su taza humeante frente a los rostros de los muchachos. Bob se sintió a la deriva, como si flotase en una nube en lo alto del cielo.

Los dedos del gitano tocaron con suavidad la frente de Rudy, e inclinado sobre él, miró sin pestañear a sus ojos. Rudy no hubiera podido esquivar la inquisitiva mirada de aquellas pupilas.

—Ahora —susurró el viejo Antón—, no habléis. ¡Pensad! Pensad en la araña de plata. Pensad dónde está… ¡Ah!

Después de un largo momento apartó sus dedos de la frente de Rudy, y repitió los mismos movimientos y palabras con Júpiter. Emitió su «¡Ah!», y se acercó a Bob.

Al tocar la frente de éste, sus dedos parecieron poseídos de electricidad. Bob quedó prisionero de aquellos ojos azules y penetrantes, que leían en su pensamiento. Sin saber cómo, hallóse pensando en la araña de plata. La vio en la palma de su mano… pero desapareció. No tuvo la menor idea de dónde estaba. No podía recordar. Una nube se había posesionado de su mente.

El anciano parecía intrigado. Insistía apremiante.

—¡Piensa! ¡Piensa!

Al fin suspiró, apartándose del muchacho. Bob parpadeó como si retornase de un trance.

El viejo Antón miró al duque Stefan.

—El primero no ha visto la araña de plata, y no sabe dónde está. El gordo vio la araña, pero no la tuvo. Tampoco sabe dónde está. El pequeño tuvo la araña en su mano y después…

—¿Qué? —preguntó ansioso el duque Stefan—. ¡Sigue!

—Una nube se interpone en sus pensamientos. La araña de plata desaparece en esa nube. Nunca me encontré en un caso semejante. Supo donde está la araña, si bien la niebla que invade su mente se lo ha hecho olvidar. Hasta que lo recuerde, no puedo hacer nada.

—¡Mil maldiciones! —vociferó el duque Stefan.

Sus dedos volvieron a tamborilear sobre el brazo del sillón.

—Dime, gitano —habló despectivo, si bien cambió de tono—. Viejo Antón, aprecio tus esfuerzos. No es culpa tuya que no puedan decirme el paradero de la araña de plata. Sin embargo, quizá logres adivinarlo. Todos sabemos que eres dueño de grandes poderes. ¿Qué ha ocurrido con la araña? —Y añadió con reprimida ansiedad —: Sólo ella permitirá que se cumpla mi ambición de ocupar el trono de Varania, reservado a un chico débil y torpe que nunca podrá sentarse en él.

La sonrisa del gitano fue astuta.

—En cuanto a la araña, si bien es de plata, sólo es una araña. Y escucho campanas de victoria que festejan tu gran ambición. Buenas noches. Los ancianos precisamos descanso.

Riéndose guturalmente, se retiró. El duque Stefan agitó una mano, y dijo a los guardias:

—Escoltadle hasta su casa.

Cuando hubo desaparecido el viejo, el duque Stefan se volvió al duque Rojas.

—¡Ya lo oyó! La araña de plata es sólo una araña. Eso quiere decir que podemos prescindir de ella. ¡No es importante! Y Antón dice que saldré victorioso. Sabemos que Antón jamás se equivoca. No desperdiciemos el tiempo. Mañana, a primera hora, se hará la proclamación. El príncipe Djaro queda arrestado, y yo asumo la regencia. Denuncie a Estados Unidos por interferirse en nuestros

asuntos, y proclame el arresto de sus dos espías. Ofrezca una recompensa por la captura del tercero. Encarcele a los miembros de la familia de Rudolf, y todos los trovadores que pueda hallar. ¡Acúselos de traición!

»Mañana Varania estará firmemente bajo mi dominio. Después decidiremos si se celebra o no un juicio público para condenar a estos pillastres, o si nos limitaremos a expulsarlos del país. ¡Guardias!, llévenlos a su celda y que mediten allí.

Se inclinó sobre Bob.

—Mientras tanto, ratoncillo, intenta recordar qué hiciste con la araña de plata. Aun cuando Antón diga que no es vital, me gustaría lucirla alrededor de mi cuello cuando sea coronado príncipe de Varania. ¡Devuélvemela y las cosas serán más fáciles para ti!

Capítulo 12

En las alcantarillas

Dos guardias escoltaron a los tres prisioneros de regreso a la celda, en el oscuro sótano. Rudy iba detrás, y mientras bajaban las escaleras, el guardia que cerraba la comitiva le susurró al oído:

—Hay ratas amistosas en las cloacas.

Rudy asintió con la cabeza. Luego les obligaron a penetrar en una pequeña celda de húmedas paredes, donde ardía una vela. La puerta de hierro se cerró de golpe. Los dos guardias se quedaron en el corredor.

Transcurridos unos silenciosos minutos, Bob y Júpiter oyeron un amortiguado sonido, como de agua. Rudy les explicó:

—Las cloacas de Denzo pasan por debajo de palacio, y debe de llover mucho ahora. Estas cloacas tienen cientos de años. Son túneles de piedra, a veces más altos que un hombre, planos en el fondo y cóncavos en la parte superior. Cuando no llueve es posible caminar por ellos y si ha llovido mucho, se puede emplear un bote.

»Pocas personas se arriesgan a entrar en ellas, empero Elena y yo y algunos más, las conocemos bien. Si consiguiéramos alcanzar las cloacas, y el agua no es demasiado profunda, sería fácil salir a un lugar seguro, como la calle próxima a la Embajada norteamericana.

Júpiter pensó en semejante posibilidad, pero denegó con la cabeza.

—Estamos encerrados en una celda —dijo—. Carecemos de medios.

—Todo depende de que podamos salir de ella, aunque sólo sea un minuto —comentó Rudy—. Hay una entrada al final del pasillo,

donde aguarda gente dispuesta a prestarnos ayuda. Uno de los guardias me susurró la contraseña: «Hay ratas amistosas en las cloacas». Eso significa que algunos trovadores están preparados para tan pronto se les presente ocasión de venir a socorrernos.

—Soy de la opinión de Júpiter —afirmó Bob—. No saldremos de aquí hasta que así lo disponga el duque Stefan. ¿Quién es el viejo Antón? Sin duda leía en nuestras mentes.

Rudy asintió.

—Es capaz de adivinar el pensamiento. El viejo Antón es el rey de los gitanos que viven en Varania. Pasa de los cien años, y tiene extraños poderes que nadie comprende. Ciertamente, averiguó la verdad sobre la araña de plata. Lo que más me preocupa es que auguró el triunfo del duque Stefan. Si es así, nuestra causa no verá días felices. Mi padre será encarcelado, y también nuestros amigos. Elena y yo…

Rudy no concluyó la frase. Se quedó pensativo.

—No hay que darse por vencido —comentó Bob, tratando de animar a Rudy—. Una batalla necesita ser peleada para conocer al vencedor. Jupe, ¿no se te ocurre ninguna idea?

—Tengo una —respondió el primer investigador—. Quizá lográsemos huir de aquí, si consiguiéramos que los guardias abriesen la puerta. Entonces sería fácil arrollarlos.

—Dudo que lográsemos dominar a dos hombres armados —respondió Rudy.

Júpiter acentuó el fruncimiento de su ceño.

—No hace mucho leí una historia en un libro de misterios que el señor Hitchcock nos dejó.

—¿Cuál es tu idea, Jupe? —preguntó Bob.

—Era la historia de un chico y una chica encerrados igual que nosotros ahora. La pareja hizo tiras de una camisa, y prepararon lazos corredizos. Luego llamaron a sus guardianes al interior de la celda.

Júpiter contó la historia que tuvo éxito, y Rudy escuchó con evidente atención.

—¡Daría resultado! —exclamó Rudy, bajando la voz para no ser oído desde fuera—. Sin embargo, ¿qué podemos emplear para hacer los lazos corredizos?

—Las mantas que hay en los catres —respondió Júpiter—. Son

viejas y sus extremos rasgados permitirían la confección de tiras.

—Me gusta la idea —comentó Rudy—. Uno de los guardias es amigo nuestro, y sólo fingirá. Por lo tanto, la lucha verdadera sería con el otro. ¡Intentémoslo!

Sin pérdida de tiempo, cogieron las mantas que ciertamente estaban muy usadas. Eso les favoreció, pues no habían despojado a Júpiter de su navaja. Con mucho cuidado, para no hacer ruido, rasgaron tres tiras de unos diez centímetros de ancho.

Pero el trabajo resultaba lento y pesado. En ocasiones tenían que emplear los dientes. Pese a ello, lograron ocho tiras. Júpiter propuso descansar un rato.

Tendidos en los catres que había en la celda, sintiéronse impacientes y apenas descansaron. Minutos después reanudaban él trabajo. Júpiter ató fuertemente dos de las tiras, e hizo un nudo corredizo en cada extremo. Luego probó su eficacia en los brazos y piernas de Rudy. Los lazos se apretaban bien. Rudy mostróse radiante de excitación.

—¡Brojas! —susurró—. Creo que funcionará. Habrá suficiente con cuatro.

—Suficiente para los guardias —replicó Jupe.

—Hagamos unas cuantas más —sugirió Rudy—. Pueden sernos de gran utilidad en las cloacas.

Hicieron ocho tiras más y las anudaron, consiguiendo una larga cuerda.

—Ahora la parte difícil —murmuró Júpiter—. Bob, tiéndete en el catre y empieza a gemir. Primero un poquito, luego más fuerte. Rudy, pon los lazos en el suelo junto a la puerta, donde todo el que entre los pise.

Cuando todo estuvo preparado, Bob empezó a gemir. Sus lamentos no tardaron en adquirir mayor sonoridad, como si realmente se hallase aquejado de algún dolor. Uno de los guardias miró a través de la rejilla de la puerta.

—¡Silencio! —ordenó—. ¡Dejad de hacer ruido!

Rudy se hallaba en pie junto a la puerta y Júpiter, inclinado sobre Bob, aguantaba la vela.

—Tiene daño —dijo Rudy en varanio al guardia—. Se golpeó en la cabeza cuando lo cogieron. Tiene fiebre y necesita un doctor.

—¡Dejaos de tretas!

—Repito que está enfermo —gritó Rudy—. Entren y tóquenle la frente. Hay que llevarlo al médico. Si lo hacen, diremos dónde está la araña de plata. El duque Stefan quedará complacido.

El guardia vaciló indeciso. Rudy insistió apremiante:

—Usted sabe que el duque Stefan no quiere en realidad que sufran ningún daño estos norteamericanos. El pequeño necesita un médico, y están dispuestos a devolver la araña de plata. ¡Decídanse, pues su estado es grave!

—Será mejor que comprobemos si es cierto —dijo el guardia que había susurrado el mensaje a Rudy—. Conviene no provocar el enojo del duque. Averigua si está realmente enfermo, mientras yo guardo la puerta. Son chicos, y nada hay que temer de ellos.

—Bien —respondió el otro—. Veré si tiene fiebre. Pero si es un ardid, lo sentirán.

Una gran llave gimió en la cerradura. La puerta, que era de hierro, se abrió, y el guardia penetró en la celda. Uno de sus pies quedó atrapado en un lazo. Como un relámpago, Rudy tiró del guardia, derribándolo. Júpiter pasó otro lazo por la cabeza del caído, y Rudy le sujetó un brazo.

—¡Socorro! —gritó el guardia—. ¡Socorro! ¡Estos demonios me atacan!

Su compañero penetró como una tromba en la celda. Rudy le pasó un lazo alrededor del cuello y otro se apretó en sus piernas. Los lazos del otro extremo fueron aplicados al primero de los guardias, y los dos hombres quedaron atados juntos.

Los esfuerzos que realizaba el primer guardia apretaban los lazos que sujetaban al segundo, que vino a derrumbarse encima de él. Rudy le susurró:

—¡Luche con fuerza!

El guardia obedeció. Cuanto más se esforzaban, más se apretaban los lazos, sin que pudieran librarse. Rudy se rió. Al verlos amontonados se le ocurrió pensar en que parecían dos insectos en la tela de una araña. ¡Buen presagio! Sintió que el valor y la esperanza renacían en su corazón.

—¡Vámonos! —ordenó—. Los otros guardias no tardarán en venir. Debemos movernos a prisa, Júpiter. Coge la otra linterna, y seguidme.

Rudy corrió por el pasillo hacia la profunda negrura de las

mazmorras inferiores. Bob y Júpiter se apresuraron a seguirlo. Las linternas proyectaban movibles haces de luz. Raudos, descendieron unos escalones, a cuyo final se detuvieron. Rudy se inclinó sobre una enorme anilla en el piso.

—¡El óxido la ha encallado! —jadeó Rudy—. No puedo levantarla.

—¡Utiliza la cuerda! —aconsejó Júpiter—. Pásala por la anilla y tiraremos los tres.

—Tienes razón —respondió Rudy, que pasó un extremo de la cuerda por la anilla.

Los tres tiraron de la tapa, que tampoco cedió. Pero los gritos de sus perseguidores provocaron que tiraran desesperadamente, y la tapa saltó hacia arriba, para caer luego a un lado. Entonces vieron un negro agujero por el que les llegaba ruido de agua.

—Yo iré delante —dijo Rudy—. Descenderemos por la cuerda. No hay posibilidad de poner la tapa otra vez.

Con la anilla de la linterna entre sus dientes, desapareció por el agujero. Bob fue el segundo en descender. No le hacía ninguna gracia aquella boca oscura, ni el ruido del agua bajo sus pies, pero no había otra solución.

Durante un interminable momento se deslizó por el vacío para caer en el lecho de una antigua alcantarilla. Por fortuna no se lastimó, ni fue a parar al agua, si bien esto lo impidió Rudy, al cogerlo.

—Ahí viene Júpiter —anunció Rudy.

El primer investigador fue menos afortunado. Antes de que pudieran cogerlo, perdió el equilibrio y se sentó en el agua. Empero el varanio logró sujetarlo por los hombros, evitando que la mojadura fuese mayor. Júpiter se puso en pie.

—¡Qué fría está! —se quejó.

—Es agua de lluvia —respondió Rudy—. De todos modos, terminaremos empapados antes de salir de aquí. Vamos, seguidme cogidos a la cuerda. El agua va hacia el río, pero allí encontraríamos fuertes barras de hierro. No podríamos salir. Tenemos que ir contracorriente.

Gritos y voces enojadas resonaron sobre sus cabezas. Una linterna resplandeció arriba. Los tres fugitivos, agachados, pues el techo era demasiado bajo, se deslizaron presurosos a través del

agua en remolinos.

Agujero, voces y luz quedaron atrás. No tardaron en desembocar en otra alcantarilla que les permitió caminar erguidos. Avanzaban cogidos a la cuerda, sin que las linternas diesen suficiente luz para combatir la completa oscuridad en que se desenvolvían. Bob y Júpiter captaron el ruido de algo que nadaba, rozando sus piernas. Bob tragó saliva, pero no se detuvo.

—Los guardias nos seguirán —gritó Rudy—. Tienen que hacerlo por temor al duque Stefan. Pero no conocen las cloacas como yo. Hay un lugar más adelante, donde podremos descansar.

Tiraba prácticamente de ellos, mientras avanzaban. De pronto el agua se hizo más profunda. Pasaron por un sitio donde caía formando una cascada, que los mojó del todo. Posiblemente se trataba de un desagüe, pensó Bob.

Cruzaron a través de otra cascada más pequeña, para desembocar en una gran cámara redonda donde se cruzaban cuatro túneles. Rudy se detuvo, y recorrió con su linterna el recinto. Así vieron un bordillo que circundaba la cámara, y una escalera de hierro en la pared de piedra.

—Podríamos salir por aquí —dijo Rudy—. Pero no me atrevo. Demasiado cerca de palacio. Descansemos ahora. Estoy seguro de que disponemos de varios minutos antes de que los guardias nos descubran. No tendrán prisa en meterse en estos lugares; os lo aseguro.

Los tres se tendieron sobre la acera de unos sesenta centímetros que bordeaba la pared.

—Lo conseguimos —afirmó Bob—. Al menos hemos llegado hasta aquí. Pero ¿dónde estamos?

Rudy se disponía a contestarle, cuando advirtió algo anormal.

—¡Apagad las luces! —susurró.

Delante de ellos, en el túnel, apareció una débil claridad, sin duda de una linterna que avanzaba hacia aquel sitio. Luego alguien les cortaba el camino, mientras los guardias venían por el lado opuesto.

¡Estaban atrapados!

Capítulo 13

Precipitación en la oscuridad

—¡Arriba! —ordenó Rudy—. Tenemos que salir a la calle.

El joven ascendió por los húmedos y resbaladizos peldaños. Bob y Júpiter le siguieron. Pero antes necesitaron encender una linterna para ver los peldaños, si bien la apagaron rápidamente y subieron a oscuras.

Cuando Rudy llegó arriba empujó con los hombros la tapa de hierro, que cedió. La claridad exterior penetró por la rendija abierta, y Rudy observó la calle. Pero de sus labios escapó una exclamación desilusionada antes de bajar la tapa.

—Hay una patrulla de guardias en la esquina —susurró—. Antes de que hubiera conseguido apartar la tapa, los habríamos tenido encima.

—Quedémonos ocultos aquí arriba —sugirió Júpiter, no muy esperanzado.

—Es cuanto podemos hacer —suspiró Rudy—. Roguemos para que pasen de largo.

Debajo de ellos una luz brilló en la corriente de agua, y un bote de remos muy estrecho hizo su aparición. Un hombre a la popa remaba, y una jovencita a la proa, llevaba una linterna.

—¡Rudy! —llamaba ella—. ¡Rudy!, ¿dónde estás?

—¡Elena! —gritó a su vez Rudy—. Estamos aquí arriba. ¡No avancéis más!

El bote se detuvo. La luz envolvió a los tres fugitivos que descendían los escalones de hierro.

—¡Glorificado sea el príncipe Pablo! —exclamó Elena—. ¡Al fin os hemos encontrado!

Mientras el hombre mantenía quieto el bote, ellos saltaron a su interior. Inmediatamente, el remero dio la vuelta y lo hizo regresar por donde había venido, con vigoroso empuje.

—Un guardia me transmitió el mensaje de que había ratas amistosas en la cloaca —dijo Rudy a Elena.

—Hace horas que os buscamos —respondió ella—. Ya temíamos que no consiguierais escapar. ¡Oh, Rudy! Celebro verte de nuevo.



—También nosotros nos alegramos de vuestra compañía —contestó él, sonriente, y dirigiéndose a Júpiter y Bob, añadió—. Éste es mi primo Dmitri —luego preguntó a su hermana—. ¿Qué sucede fuera?

—No hay tiempo para hablar ahora. Busquemos un sitio donde podamos pararnos un momento. ¡Mirad arriba!

Encima de ellos un repentino foco de luz cortó la oscuridad.

—¡Han levantado la tapa! —exclamó Dmitri—. Nos esperan. ¡Hay que pasar!

Dmitri remó con más ímpetu. El pequeño bote salió disparado hacia el círculo de luz. Los chicos miraron hacia arriba, y vieron bajar a los guardias. Uno dio un grito y trató de saltar al bote para volcarlo. Dmitri les esquivó ágilmente y el guardia cayó con fuerte chasquido al agua.

El bote penetró raudo en la oscuridad tenebrosa del túnel.

—Nos seguirán a pie, pero irán lentos —dijo Rudy.

—Lo más probable es que abran otra tapa y nos esperen —comentó Dmitri—. Llegamos a una conexión. Cambio de curso.

El bote penetró en otra cámara donde tres grandes túneles descargaban sus aguas. Dmitri remó hacia el túnel de la izquierda, más estrecho que los otros. Rudy, con un remo más corto, se cuidó de que la proa no diera contra las paredes de piedra. A veces tenían que bajar sus cabezas, para no darse coscorrones, en los sitios bajos.

—Ayer visteis a Dmitri dirigiendo la banda del parque —explicó Rudy—. Es uno de los pocos que conocen bien estos parajes.

En ciertos lugares, el agua discurría tan cerca del techo, que Bob dudó si podrían pasar. Por fortuna para ellos, sus perseguidores no daban señales de vida.

—¿Dónde está Pete? —preguntó Júpiter a Elena, que estaba acuclillada a su lado.

—Nos espera. No pudimos traerlo, pues el bote es demasiado pequeño. Además, consideré más conveniente mantenerlo a salvo. Quise llevarlo a otro sitio más seguro, pero se negó hasta saber que os habíamos encontrado.

El comportamiento de Pete no sorprendió a sus amigos.

—¿Dónde estamos ahora, Dmitri? —preguntó Rudy—. Voy algo despistado.

—Dando un rodeo para llegar al escondite. Tardaremos cinco

minutos.

Alcanzaron otra cámara con varios túneles de desagüe.

Esta vez, Dmitri eligió el del centro, que les permitía navegar sentados. Continuaron hasta que, repentinamente, divisaron un punto de luz delante de ellos.

—¡Alguien está delante de nosotros! —exclamó Bob, alarmado.

—Si tenemos suerte, es Pete —dijo Elena—. Quedamos en encontrarnos aquí.

La luz brilló con más fuerza, y pudieron apreciar que era una linterna eléctrica. Ésta había sido colocada en un hueco formado en la pared.

Pete, agachado, les dio la bienvenida con verdadero entusiasmo.

—Celebro veros a todos —exclamó—. Me sentí muy solo aquí. Algunas ratas querían hacerme compañía. Tuve que asustarlas.

Dmitri viró la embarcación y Rudy pasó una cuerda entre dos rocas para sujetarla. Luego, todos se trasladaron a la cueva, cuya rusticidad natural contrastaba con la piedra bien trabajada por artesanos muchos siglos atrás, cuando construyeron los desagües.

—Los constructores encontraron esta cueva subterránea y la respetaron —explicó Rudy mientras se dejaba caer sobre la roca para descansar—. La descubrí hace unos años, cuando fundamos una sociedad secreta para explorar estos parajes. Entonces, nuestro padre trató de impedirlo, pero no lo consiguió. Nunca hubiéramos soñado lo que nuestros juegos infantiles habían de favorecernos ahora.

—Bien, tenemos que celebrar consejo —dijo Elena—. Dudo que nos sirvan nuestros viejos planes.

—Primero dime lo sucedido —pidió Rudy—. Dmitri, ¿cómo es que estás aquí?

—Me encontraba en casa de tu padre cuando llegaron unos guardias y lo arrestaron. Yo escapé por la puerta secreta. Me quedé allí escuchando. El capitán atemorizó a tu padre diciendo: «El traidor de tu hijo ha sido capturado, y pronto habrá de hacer frente a un juicio». Pero no mencionó a Elena. Supuse que lograría escapar.

»Conocía tus planes, y por eso vine a las cloacas, por si conseguía localizar a Elena y ayudarla. La lluvia había incrementado el caudal de agua, y decidí utilizar el bote que

guardábamos oculto.

—Nos encontró cuando más lo necesitábamos —dijo Elena—. Pete y yo escapamos de palacio a través de la ruta prevista. Con Dmitri, decidimos permanecer aquí todo el tiempo que pudiéramos, por si al fin lograbais escapar y huir a las cloacas. Bien, lo importante es que ya estamos todos reunidos aquí. Ahora hablemos del futuro.

—Escuchemos primero la radio —propuso Dmitri—. La tiene Pete.

—Oh, sí —el segundo investigador se sacó un pequeño aparato de radio de un bolsillo—. Lo cerré porque no entendía nada.

Dmitri lo hizo funcionar. De repente oyeron que hablaban en varanio, seguido de marchas militares. Elena tradujo para Los Tres Investigadores.

—Invitan a los ciudadanos de Varania a quedarse junto a sus aparatos de radio y televisión para un importante anunció que se transmitirá a las 8 de esta mañana. Insisten en que se trata de un asunto de importancia suprema. Era el primer ministro.

»Sin duda piensan anunciar que ha sido desarticulado un complot extranjero, y que por estar implicado el príncipe Djaro, el duque Stefan sigue de regente hasta posterior aviso. Naturalmente, no contaron con la posibilidad de que lograseis escapar y pensaban celebrar un juicio público, donde mostrar las cámaras, y luego expulsaros del país. Pero Rudy y papá habrían sido encarcelados.

—¡Caramba! —exclamó Bob, desalentado—. En vez de ayudarle, hemos empeorado la situación del príncipe viniendo aquí. Todo habría ido mejor, si llegamos a quedarnos en casa.

—¿Cómo ibais a sospechar esto? —dijo Elena—. Bien, lo mejor será que os llevemos a la Embajada norteamericana. ¿De acuerdo, Dmitri?

—Correcto, Elena.

—¿Y vosotros? ¿Y tu padre? ¿Y Djaro? —preguntó Júpiter.

—Eso queda para luego —respondió Elena, suspirando—. Me temo que sus planes son demasiado perfectos para nosotros. Si pudiéramos rescatar a Djaro… alzar a la gente de Denzo… desbaratar sus planes… Vale más no soñar. El duque Stefan y sus partidarios lo tienen todo a su favor.

—Desde luego —afirmó Dmitri—. En fin, os llevaremos a lugar

seguro y después veremos qué se puede hacer por nuestra causa perdida. La esperanza nunca se pierde. En marcha ahora. Ya es de día. Dentro de una hora la radio y la televisión difundirán el anuncio del primer ministro. Para entonces estaréis a salvo en la Embajada de vuestro país. En marcha. Hemos de trasladarnos a pie. En el bote no cabemos todos.

Dmitri descendió a la rugiente agua. Uno tras otro, los demás lo siguieron, sujetándose a la cuerda hecha de tiras de manta. Angustiado, el pequeño grupo se abrió camino a través de las alcantarillas de Denzo.

Capítulo 14

Júpiter tiene una inspiración

Encima de ellos la lluvia había cesado, y el agua en las alcantarillas perdía fuerza. No tardó en llegarles a los tobillos, facilitándoles los movimientos. Cruzaron otras cámaras donde se unían túneles oscuros. Pero Dmitri parecía conocer el camino.

—Saldremos en el bloque donde está emplazada la Embajada norteamericana —dijo Dmitri—. Rogad que no esté vigilada.

Caminaron lo que pareció largo tiempo, si bien era difícil calcularlo en aquella oscuridad. Ciertamente, habían cubierto ocho o diez bloques. Llegaron a otra cámara redonda con una tapa encima y, repentinamente, Dmitri se detuvo.

—¿Qué pasa? —preguntó Rudy—. Aún faltan dos bloques más.

—Temo que nos estén aguardando allí —respondió Dmitri—. Sin duda habrán sospechado que nos dirigimos a la Embajada y tratarán de cazarnos como ratones que salen de su agujero. Si no me equivoco, ahora nos hallamos bajo el mercado de flores, detrás de la iglesia de San Dominico. No creo que nos esperen aquí, desde donde será fácil alcanzar el edificio de la Embajada norteamericana, por su fachada posterior.

—Tal vez tengas razón —convino Rudy—. Conforme, no podemos quedarnos en la cloaca durante el tiempo que nos resta de vida. Subamos.

Lo hicieron por unas argollas sujetas a la roca. Dmitri iba delante, y al llegar junto a la tapa, la empujó con sus hombros. Pero la tapa de hierro se alzó con metálico ruido que resonó en la calle empedrada. Dmitri saltó fuera.

—¡Salid de prisa! —gritó.

La fuerte mano de Dmitri ayudó a subir a Elena y Bob, que parpadeó ante la luz diurna. El cielo aparecía cargado de nubes, y las calles brillaban debido a la lluvia de la noche. Se hallaban en una estrecha calle de viejos edificios. Había gran número de puestos junto a las fachadas. Los vendedores, con raras vestimentas, disponían las flores y frutas para la jornada comercial. Éstos vieron asombrados cómo el malparado grupo surgía de los desagües.

Rudy y Dmitri volvieron a colocar la tapa, y luego se encaminaron hacia la parte baja de la calle, despreocupados de la curiosidad que habían provocado. Después de recorrer unos cincuenta metros, se detuvieron bruscamente. Delante de ellos, dos guardias palaciegos, con librea escarlata, aparecieron en la esquina.

—¡Atrás! —ordenó Dmitri—. ¡Ocultaos!

¡Era demasiado tarde! Ya habían sido vistos. Sus empapadas ropas ofrecían segura identificación. Los guardias corrieron hacia los fugitivos.

—¡Detenedlos! —gritaban—. ¡En nombre del regente, daos presos!

—¡Tendrán que cogernos antes! —respondió desafiante Dmitri, que ordenó a los suyos—: ¡Seguidme! En la iglesia tendremos alguna posibilidad…

Pero no concluyó la frase. Corrió delante de sus amigos, apartando a la gente que se interponía en su camino. Acudieron otros guardias, y en número de doce, los persiguieron, si bien dificultados por los curiosos vendedores de flores que invadían el centro de la estrecha calle.

—¡Apártense! ¡Apártense! —Rugían los guardias.

Sobre los tejados de las viejas casas, Bob pudo ver la cúpula dorada de la iglesia de San Dominico. Empezaba a jadear por el esfuerzo. ¿Qué seguridad podía ofrecerles la iglesia?, se preguntó. Sólo retrasaría el momento de ser capturados. Sin embargo, Dmitri parecía tener un plan en la mente. Bob comprendió que no era momento de formular preguntas.

Detrás de ellos uno de los guardias resbaló, cayéndose al suelo. Varios de sus compañeros tropezaron con él y formaron un montón en la calle. Esto ayudó a los fugitivos a ganar cincuenta metros de ventaja. Pero Bob no estaba muy seguro de que la caída del guardia se debiera a un accidente fortuito. Tal vez se tratase de un amigo

que intentaba ayudarlos.

Doblaron una esquina, y a un bloque de distancia vieron la Iglesia de San Dominico. Empero, a no mucha distancia otros guardias palaciegos miraban hacia ellos.

¡Nunca llegarían a la puerta de la iglesia!

Dmitri no se encaminó a la entrada principal, sino hacia una pequeña puerta lateral, que franquearon, corriendo el cerrojo en el preciso momento en que sus perseguidores los alcanzaban. Rabiosos puños golpearon la fuerte madera.

En el interior de la iglesia, Bob tuvo la impresión de hallarse en una enorme habitación cuadrada, sin techo, por su enorme altura. A un lado vio un tramo de escaleras cerradas con una verja de grueso hierro forjado. Ocho cuerdas colgaban desde arriba. Sus extremos se hallaban anudados en anillas de hierro fijados a las paredes de piedra.

Bob no tuvo tiempo de ver nada más.

—Ahora nos encaminaremos a las catacumbas —ordenó Dmitri —. Se trata de sepulturas ocultas debajo de la iglesia. Antiguamente los cristianos eran enterrados allí. Hay varios pisos y muchos corredores. Espero que podremos ocultarnos en ellas.

—¿Por qué ocultarnos más? —preguntó Júpiter—. Antes o después lograrán cogernos.

Sus amigos lo miraron.

—¿Cuál es tu idea, Jupe? —inquirió Pete.

—Esas cuerdas —Jupe las señaló—, ¿tocan la campana del Príncipe Pablo?

—¿La campana del Príncipe Pablo? —Rudy trató de imaginarse qué pretendía Júpiter—. No, éstas son las campanas corrientes de la iglesia. La del Príncipe Pablo se halla en otra torre, al otro lado de la iglesia. Está sola y la tocan únicamente con motivo de razones de Estado.

—Lo sé —confirmó Júpiter—. Empero el Príncipe Djaro nos contó que cientos de años atrás, cuando el príncipe Pablo sofocó una revolución, tocó la campana para que sus seguidores leales supieran que no estaba muerto. Dmitri se frotó la barbilla.

—Hasta los colegiales conocen esa historia. Es parte de nuestra leyenda nacional. Bien, ¿qué pretendes?

—Piensa en que si tocamos la campana, quizá la gente se alce

para ayudar al príncipe Djaro —intervino Rudy—. Y tiene razón. Nosotros olvidamos eso porque sucedió hace mucho tiempo. Era más lógico aferrarse a los medios actuales, como prensa, radio y televisión. Pero ¿y si…?

—¡La campana es la solución! —gritó Elena, muy excitada—. Si después de tanto anuncio radiofónico sobre un próximo mensaje suena la campana, el pueblo, que ama al príncipe Djaro, pensará que está en apuros y que necesita ayuda.

—Pero si… —empezó Dmitri.

—¡No es momento de dudas! —decidió Rudy—. Escuchad los golpes en la puerta. Sólo disponemos de minutos.

—Muy bien —aceptó Dmitri—. Puede ser que los guardias corran ahora mismo hacia la entrada principal. ¡Rudy, acompaña a los americanos! Elena y yo nos dirigiremos a las catacumbas. Si nos siguen, ganaréis tiempo. Elena, necesitamos que ellos encuentren algo. Dame uno de tus zapatos.

La muchacha se quitó un zapato, y se lo entregó.

—Imitaré a la Cenicienta —dijo ella, sonriente—. Y ahora Rudy, date prisa.

—¡Por aquí! —señaló éste—. ¡Seguidme!

Cruzaron raudos la nave hacia la torre de la campana solitaria. Elena y su primo Dmitri se precipitaron a la puerta de atrás, por donde se descendía a las catacumbas.

Bob empezó a rezagarse. Cojeaba. Su pierna, hasta hacía poco provista de un aparato ortopédico para fortalecerla después de una desgraciada caída, le dolía, debido al esfuerzo realizado.

Los otros no tardaron en detenerse. Él, cojeando más a cada paso, los alcanzó. Entonces advirtió que se hallaban en otra sala igual a la que habían dejado. Pero de su invisible techo sólo colgaba una cuerda, atada a la pared. También comprobó que había unas escaleras con baranda de hierro forjado y peldaños de piedra.

Rudy destrabó la cuerda de la campana, y subió corriendo las escaleras.

—¡Vamos! —gritó—. ¡Arriba! ¡De prisa!

Pete cogió del brazo a Bob para ayudarlo, y ascendieron los peldaños.

Capítulo 15

La campana del Príncipe Pablo

La escalera de piedra era muy empinada. Para Bob, cada peldaño representaba un esfuerzo. Rudy, que observó su dificultad, se detuvo y entregó un cabo de la cuerda hecha de la manta de Bob.

—¡Cógete! —gritó—. Te ayudaré a subir.

Cogido a la cuerda, Bob halló que subía con más facilidad. Tramo a tramo, fueron ascendiendo, sin que los guardias apareciesen. En el tercer tramo, hallaron una gran puerta que cerraba las escaleras. Se abrió con chirriante protesta al ser empujada. Rudy la cerró luego y echó por dentro la aldabilla.

—Así detendremos a nuestros perseguidores —explicó—. Antiguamente la iglesia no era respetada por los invasores, y los clérigos se refugiaban en las torres de las campanas, cerrando estas puertas. Aún quedan otras dos.

Acababan de cerrar la segunda, cuando los guardias entraron en tromba en la sala de la torre. Miraron hacia arriba, vieron a los fugitivos, y ascendieron las escaleras a toda prisa. Pero la primera puerta cerrada los detuvo. La sacudieron sin resultado positivo. Entonces pidieron a gritos herramientas para cortar las barras de hierro.

—No podrán abrirla en mucho rato —jadeó Jupe—. Disponemos de algún tiempo.

Estaban por encima de la cúpula de la iglesia de San Dominico. Desde allí podían ver a la gente reducida a pigmeos por la distancia, y diminutos coches que se movían en las calles. Abajo, la vida parecía desenvolverse con normalidad. Pero en la torre de la campana se libraba una batalla con un enemigo que tenía que ser

vencido con la inteligencia.

Al fin alcanzaron la cima donde la enorme campana del Príncipe Pablo colgaba de recios maderos bajo un tejado en punta. Allí estaba la tercera puerta, que cerraron de golpe y afianzaron con el pestillo. Una bandada de asustadas palomas alzó el vuelo desde sus cobijos en los aleros de la torre.

Los muchachos se detuvieron para tomar aliento. Abajo, los guardias trataban de forzar el pestillo de la primera puerta, al parecer sin mucho éxito.

—Pronto mandarán un experto —dijo Rudy—. Bien, veamos cómo se hace tocar la campana.

—Antes retiremos la cuerda por si se les ocurre atarla.

En el piso del campanario había un agujero por donde pasaba la cuerda de la campana. Rudy cogió la cuerda y empezó a tirar, ayudado de Pete y Júpiter. La enrollaron sobre el suelo, donde quedó como una serpiente vellosa. Los guardias gritaron al advertir que la cuerda era izada, si bien no consiguieron coger su extremo.

Cuando la tuvieron a salvo, los muchachos estudiaron la campana. Resultaba impresionante su tamaño, y tenía una inscripción latina alrededor de su borde. La cuerda pasaba por una polea y al tirar de ella la campana se movía y golpeaba en el enorme badajo. Esto intrigó a los muchachos, acostumbrados a ver pequeñas campanas que tocaban, moviendo el badajo.

—¡Cáspita! —exclamó Pete, luego de inspeccionar el tamaño de la campana—. ¿Cómo lograremos que toque?

—No podemos hacerlo del modo habitual desde aquí arriba —explicó Júpiter—. Tendremos que inclinar la campana y tirar del badajo. Creo que eso dará resultado.

Los chicos tiraron de la cuerda a una señal de Júpiter. Lentamente, la campana se inclinó hasta que el badajo quedó a pocos centímetros.

Rudy enrolló la cuerda a uno de los labrados pilares del campanario. La campana quedó en una posición no corriente. Entonces, los muchachos descansaron un momento.

Al naciente sol, la fresca brisa soplaba a través de las arcadas del campanario.

Las palomas revolotearon asustadas, volviendo a posarse para elevar otra vez el vuelo.

—¿Qué hora es? —preguntó Júpiter.

Rudy consultó su reloj.

—Las ocho menos veinte. Faltan veinte minutos para que el primer ministro hable por radio y televisión. Tenemos que darnos prisa.

—Por suerte, disponemos de la cuerda hecha de tiras —recordó Júpiter—. Tenemos que atarla al badajo.

Precisaron un minuto para enlazar el badajo, en forma de pera. Cuando estuvo bien sujeto, Rudy y Pete, que eran los más fuertes, se echaron atrás y tiraron. El badajo se balanceó y tocó la campana.

El profundo y sonoro golpe casi ensordeció a los chicos. Bob, asomándose, vio que la gente se giraba y alzaba sus cabezas.



—Esto resultará molesto para nuestro oídos —exclamó Júpiter —. Agradecería un poco de algodón para taponármelos —miró a Bob y Pete, y preguntó—: ¿Tenéis pañuelos?

Los dos interrogados sacáronse rápidamente sus pañuelos y los rasgaron en pequeños cuadros, que convirtieron en bolitas, y se taparon los oídos. Luego, la legendaria campana del Príncipe empezó a tañer su mensaje.

Pete y Rudy realizaron la mayor parte del trabajo. Ambos tiraban del badajo hacía atrás y lo dejaban caer, de modo que lograron una serie de profundas notas mucho más de prisa que si la campana hubiera sido tocada según era práctica normal. Descansaron un minuto, y de nuevo los tañidos fueron tan audibles que debieron de oírse en todo el reino de Varania. La irregular llamada parecía que gritaba: ¡Alarma! ¡Alarma!

Los cuatro amigos dejaron de oír a los guardias. Sus oídos estaban ensordecidos pese al trocito de tela colocado en ellos. Bob miró por uno de los arcos del campanario. En la calle empezaba a congregarse gran gentío, que acudía corriendo de todas partes. Un mar de cabezas miraba hacia arriba.

¿Comprendería aquella gente que el príncipe Djaro se hallaba en peligro y necesitado de urgente ayuda?

Júpiter se asomó junto a Bob, observando la creciente agitación de la multitud. Varios hombres parecían gritar, al mismo tiempo que señalaban hacia el distante palacio. De pronto, se produjo un movimiento de ola, y la masa humana se encaminó hacia palacio.

Los guardias, visibles por sus llamativos uniformes intentaban abrirse paso entre el gentío, pero eran empujados a un lado, la multitud crecía sin cesar, camino de palacio.

Era indudable que la llamada de socorro surtía efecto.

La campana cesó de tocar. Pete y Rudy también se asomaron por la arcada. Rudy tenía su transistor en la mano, si bien apenas podían oírlo. Pero los chicos recordaron que se habían taponado los oídos y procedieron a quitarse las bolitas de trapo.

Una voz estridente gritó a través de la radio. Rudy tradujo:

—Es el primer ministro. Dice que ha sido descubierto un grave intento de revolución en Varania. Y por ello se pospone indefinidamente la coronación del príncipe Djaro. El duque Stefan se hace cargo del gobierno de la nación y hará que los criminales —

se refiere a vosotros—, comparezcan ante la ley. El príncipe Djaro está bajo custodia, y pide a todos los varanios que ayuden a mantener la ley y el orden.

—¡Atiza! Eso suena mal —apuntó Pete—. Suena tan creíble, como la mentira que es.

—Por fortuna nadie escucha la radio —gritó Rudy, satisfecho—. Todos han oído la campana y están en las calles averiguando qué sucede. Mirad a la muchedumbre. Muchos se dirigen a palacio. Me gustaría ver qué sucede allí.

—¡Atención! —exclamó Júpiter—. Los guardias han roto las puertas. ¡Suben!

Todos se giraron hacia las escaleras. Guardias uniformados subían a toda velocidad. Pero tuvieron que detenerse ante la última puerta, que era la de acceso directo al campanario. Desde allí gritaron amenazadores:

—¡Abrid en nombre del regente! ¡Quedáis arrestados!

—¡Arréstennos si pueden! —respondió Rudy, que se volvió a Pete—. Toquemos la campana, hasta que logren pasar.

Ambos cogieron la cuerda otra vez, y empezaron a balancear el pesado badajo. De nuevo la campana propagó su grito salvaje de alarma por toda la ciudad, urgiendo al pueblo varanio que actuase de inmediato. A escasa distancia los guardias se esforzaban en derribar la puerta.

Durante cinco minutos los chicos hicieron que la campana del Príncipe Pablo tocase su llamada a Varania. Luego, con un golpe seco, la puerta se vino abajo y los guardias irrumpieron y los prendieron.

—Ahora —exclamó furioso el oficial que los mandaba—, tendréis vuestro merecido.

Capítulo 16

Sobre la pista de la araña

Los chicos no se resistieron a ser conducidos escalera abajo. En la planta baja otros guardias formaban apretado cordón, e hicieron que los Tres Investigadores salieran de la iglesia por la entrada lateral. Aún quedaba gente en las calles, si bien en menor número. Miraban asombrados y curiosos, y se apartaban cuando los guardias les gritaban.

Los detenidos fueron llevados a un viejo edificio de piedra, donde los policías en uniforme azul recibieron al grupo.

—¡Son criminales que han atentado centra la seguridad del Estado! —gritó el oficial que mandaba a los guardias—. Pónganlos en celdas hasta que el duque Stefan mande órdenes en cuanto a su destino.

Un policía se mostró indeciso y respondió:

—La campana del Príncipe Pablo…

—¡Son órdenes del regente! —atajó el oficial—. ¡Cumplan la orden!

Los policías llevaron a los detenidos a dos celdas con rejas, vacías. Pete y Rudy pasaron a una, y Jupe y Bob a otra, frente a la de sus amigos. Las puertas de las celdas se cerraron de golpe.

—Desde ahora ustedes responden de la seguridad de los detenidos —amenazó el oficial—. Nosotros regresamos a palacio a informar al regente.

Una vez solos, Rudy se dejó caer en uno de los dos catres que había en su celda.

—Bueno, ya nos cazaron —se quejó preocupado—. Hicimos cuanto nos fue posible. Me gustaría saber qué sucede en palacio.

Júpiter se sentó en su catre.

—Llevamos en pie toda la noche —se lamentó—. Ahora lo único que podemos hacer es descansar mientras esperamos. Empero la alarma…

Lo que iba a decir se perdió en un gran bostezo. Se frotó los ojos. Luego miró a Bob, que ya dormía a pierna suelta. Al otro lado del pasillo Pete y Rudy tampoco escuchaban. Como Bob, se habían dormido. Sin embargo, Júpiter nunca dejaba de exponer su pensamiento una vez que se decidía a hacerlo. Por eso continuó, aunque nadie lo escuchase.

—La alarma por medio de la campana se remonta a cientos de años —murmuró desplomándose sobre el catre—. Este sistema es mucho más antiguo que la radio y la televisión. En Constantinopla, después que los turcos la capturaron en 1453, el empleo de las campanas se prohibió, a menos que fueran usadas para alertar a la gente en casos de… de…

Sus párpados se cerraron. Dormía.

* * *

Bob se debatía en las oscuras y vertiginosas aguas de las alcantarillas arrastrado hacia el río Denzo. La corriente lo hacía estrellarse contra las paredes. Lejos, muy lejos, resonaba la voz de Júpiter: «¡Bob! ¡Bob!».

Bob no quiso ponerse en pie, pero alguien lo sujetó por los brazos. De nuevo la voz de Júpiter, más cerca, gritó:

—¡Bob! ¡Despierta! ¡Despierta!

El tercer investigador parpadeó soñoliento. Con gran esfuerzo logró sentarse y bostezó. Jupe le sonreía.

—Bob, tenemos visita. Mira quien está aquí.

El mozalbete vio a Bert Young, que también le sonreía.

—¡Buen trabajo, Bob! —exclamó Bert, estrechándole calurosamente la mano—. ¡Vuestro trabajo ha sido fantástico! Estábamos preocupados desde que dejasteis de comunicaros con nosotros. Sin embargo, habéis sabido cuidaros mucho mejor de cuanto hubiéramos podido imaginar.

Bob parpadeó antes de preguntarle:

—¿Está a salvo el príncipe Djaro?

—No podría encontrarse mejor. Viene ahora hacia aquí. El duque Stefan el primer ministro y los guardias que les eran adictos, están arrestados. El padre de Rudy fue puesto en libertad y nombrado primer ministro. Supongo que os gustará saber qué sucedió después del alboroto que provocasteis con la campana.

Rudy y Pete entraron en la celda y los policías se quedaron fuera, sonrientes. No había ningún guardia de palacio a la vista.

Bert Young narró lo sucedido tan brevemente como pudo. Aquella mañana —ya era pasado el mediodía— el embajador de Estados Unidos y él habían ido a palacio con ánimo de averiguar qué había ocurrido a los muchachos, las puertas estaban cerradas y los guardias les negaron la entrada.

Discutían con los guardias cuando la campana del Príncipe Pablo lanzó su apremiante llamada, los primeros sonidos dejaron a todos paralizados de sorpresa. Luego, al reanudarse el repique, la gente empezó a congregarse en la plaza, frente a las puertas de palacio.

La multitud creció tanto, que la plaza se convirtió en un mar de cabezas inquietas. Los hombres empezaron a llamar al príncipe Djaro. Los guardias se vieron incapaces de alejarlos. Alguien gritó a la multitud que el príncipe Djaro se hallaba en peligro, pues de otro modo nadie habría osado tocar la campana. ¡Luego había que rescatarlo!

—Entonces yo entré en acción —se sonrió Bert Young—. Sé algo de varanio y grité: «¡Salvad al príncipe Djaro! ¡Fuera el duque Stefan!». La multitud, de por sí ya muy excitada, cargó contra las puertas de la verja, que se rompieron con terrible estruendo. Entonces me puse en contacto con el hombre que gritaba primero. Me dijo que era trovador.

»Los dos capitaneamos a la multitud, que barrió a los guardias como si fuesen hojas de otoño. Mi compañero, Lonzo…

—¡Ese es mi hermano! —interrumpió Rudy, orgulloso—. Luego, también consiguió escaparse.

—Sí. Él sabía donde estaban las habitaciones del príncipe Djaro, y allí nos dirigimos. Cuando los guardias de la puerta comprendieron que su causa había sido derrotada, se volvieron de espaldas a sus amos y dejaron de ofrecer resistencia.

»Finalmente, liberaron al príncipe, que automáticamente se hizo cargo del poder, y ordenó a los guardias que arrestasen al duque

Stefan y al primer ministro. Los bribones intentaron ocultarse, pero fueron capturados.

»Empero un grupo de guardias desleales ofreció lucha y se tardó algún tiempo en reducirlos. De eso se encargaron los que en secreto habían sido leales al príncipe. Éste se halla ahora ocupado en asegurarse de que todos los traidores sean arrestados. Vendrá en cuanto pueda.

»¡Ah! Se me olvidaba deciros que el conato de accidente con vuestro coche en California, no fue casual. Era parte del plan urdido para desembarazarse del príncipe.

Un grito en el corredor interrumpió a Bert Young.

—¡El príncipe! ¡Larga vida al príncipe!

Al fin llegó el príncipe Djaro. Estaba pálido, pero sus ojos resplandecían de júbilo. Entró en la celda y todos se apretujaron para hacerle sitio.

—Mis queridos amigos norteamericanos —saludó abrazando a cada uno de ellos—. Salvasteis mi trono al tocar la campana del Príncipe Pablo. ¿Cómo se os ocurrió?

—Fue Júpiter —respondió Rudy—. Nosotros pensábamos en la radio, televisión y prensa, como único medio eficaz de advertir a la población, y nos olvidamos de la campana.

Júpiter recordó a Djaro.

—Tú nos dijiste que tu antepasado, el Príncipe Pablo, empleó la campana para pedir ayuda durante la revolución de 1675. Desde entonces la campana sólo ha sido empleada para asuntos reales. Y ésa fue la razón de que pensase en que era llegado el momento de usarla como una señal de alarma.

»Después de todo, las campanas tienen una antigüedad de muchos siglos, cosa que no sucede con la radio y televisión e incluso periódicos. Y siempre se han usado para llamar a la gente. Por lo tanto…

Djaro se rió feliz y lo golpeó suavemente en la espalda.

—Demostraste tu gran sabiduría, Júpiter. El mismo príncipe Pablo se hubiera mostrado orgulloso de ti. El duque Stefan ha sido encarcelado, y su diabólico plan —mucho más grave de lo que imaginé—, queda abortado. He ordenado que la campana del príncipe Pablo toque hasta el atardecer en señal de victoria. Ahora todo es felicidad, aun cuando la araña de plata de Varania no haya

aparecido.

—Una campana toca a victoria —murmuró Júpiter, guardó silencio un rato. Luego añadió—: príncipe Djaro, creo saber dónde está la araña de plata. Para recuperarla hemos de ir a palacio.

Quince minutos después viajaba en el automóvil del príncipe Djaro, entre multitudes que lo aclamaban. El príncipe se inclinaba y agitaba una mano, mientras avanzaba el coche. Al fin llegaron a palacio, y se dirigieron al dormitorio de Los Tres Investigadores.

—Ahora —dijo Júpiter—, vamos a comprobar mi teoría. Estoy seguro de que es correcta. Hemos buscado en todos los sitios, excepto en uno, donde sin duda está la araña. Puedo equivocarme, pero…

—¡Menos charla y más acción! —gimió Pete—. Éste no es momento para discursos.

—Conforme.

Júpiter se puso de rodillas y se arrastró lentamente hacia la enorme tela de araña que pendía desde la cama a la pared.

Una araña negra y oro se alejó de él, y desapareció en la rendija que había entre el suelo y la pared.

Pero otra araña, negra y oro también, siguió mirando a Júpiter.

Éste alargó cuidadosamente su mano, que introdujo por debajo de la tela de araña, rompiendo sólo unos cuantos hilos. Los demás esperaban ver cómo la segunda araña se retiraba, cosa que no hizo. Júpiter la empujó con la punta de un dedo y la sacó por debajo de la tela de araña. Luego se puso en pie, y extendió su palma a Djaro.

—¿Es ésta? —preguntó.

—¡La araña de plata de Varania! —gritó el príncipe Djaro, cogiéndola—. ¡La encontraste!

—Intuí donde estaba —respondió Júpiter—. Mientras los guardias aporreaban la puerta y Rudy nos invitaba a huir, Bob tuvo una brillante inspiración.

—¿Ah, sí? —exclamó Bob, deseoso de recordar haberla tenido.

—Sí; pero lo olvidaste al golpearte la cabeza en el balcón. Comprendiste que un lugar donde la gente no esperaría hallar una araña artificial era entre una tela de araña. Por eso la colocaste donde acabo de encontrarla.

»Todos la vimos cuando registramos la habitación, y a ninguno se nos ocurrió que fuera la verdadera, si bien debí recordar que dos

arañas no comparten el mismo nido.

—¡Brojas, Bob! ¡Bien hecho! —exclamó Djaro, golpeándole cariñoso la espalda—. Sabía que vuestra ayuda me sería muy beneficiosa.

Júpiter continuó:

—Cuando tú, príncipe Djaro, mencionaste la campana que toca a victoria, se me ocurrió. Anoche, el viejo Antón, rey de los gitanos, hizo una extraña predicción al duque Stefan. Dijo: «En cuanto a la araña, si bien es de plata, sólo es una araña».

»Ignoro los poderes del viejo Antón, pero sabía mucho más de lo que dijo. Después comprendí que si una araña de plata es sólo una araña, debimos buscar donde sólo puede hallarse una araña: cerca de su tela.

Nadie trató de interrumpir el largo discurso del primer investigador.

—Como ves —acabó—, no merezco tu aplauso. En realidad…

—Mereces todo el aplauso que yo puedo darte —afirmó Djaro, mientras envolvía cuidadosamente la araña de plata en su pañuelo, que se guardó en un bolsillo—. Nunca lograré demostrarte todo mi agradecimiento, pero haré cuanto pueda aquí y ahora mismo.

De su bolsillo se sacó tres hermosas arañas trabajadas en plata sencilla, que pendían de sendas cadenas.

—Poneros en fila, por favor —rogó a Los Tres Investigadores.

Cuando éstos lo hubieron hecho, colgó una araña de plata alrededor del cuello de cada uno.

—Ahora —se sonrió—, los tres sois miembros de la Orden de la Araña de Plata. Es el más alto honor que puedo otorgaros, y que sólo se concede a quienes sirven de un modo excepcional a Varania. Y por ser privativa de los varanios, os declaro ciudadanos honorarios de mi país. ¿Qué más puedo hacer para demostraros mi gratitud? Pedidme algo que esté al alcance de mi poder.

—Bien… —empezó Júpiter.

Pete lo interrumpió:

—¿No podríamos comer algo?

Nota final de Alfred Hitchcock

Poco más hay que añadir a la historia de Los Tres Investigadores, y la araña de plata de Varania. Ante la entusiasta aclamación de todo Varania, el príncipe Djaro fue coronado, prescindiendo de las ceremonias usuales. El duque Stefan y sus partidarios fueron encarcelados, y los extranjeros que tramaban convertir a Varania en un reino de granujas, sufrieron condenas de prisión.

La participación de nuestros tres amigos en la lucha contra el siniestro plan, no fue difundida por motivos de política nacional. No obstante, Júpiter, Pete y Bob presenciaron desde un lugar de honor la coronación, y luego regresaron a su patria. Se llevaron consigo las más calurosas gracias del príncipe Djaro, y una invitación para volver otra vez y efectuar una visita más larga, que ellos esperan realizar.

Desgraciadamente, no pudieron conservar sus cámaras-radios especiales, pero sentíanse orgullosos de la condecoración que el príncipe Djaro les impusiera; la Orden de la Araña de Plata. Desde entonces han cambiado el criterio que tenían de las arañas. La mayoría de éstas son seres humildes y laboriosos que ayudan a mantener libre de insectos las ciudades.

Los Tres Investigadores esperan ahora que el correo les lleve una mueva invitación para resolver otro caso misterioso. Y no dudo que pronto lo conseguirán, si bien ignoro qué clase de aventura será la próxima. De lo único que estoy seguro es que la emoción no faltará.

ALFRED
HITCHCOCK

Fin



ROBERT ARTHUR. Nació el 10 de noviembre de 1909, en Fort Mills, la isla de Corregidor, Filipinas, donde estaba destinado su padre, Robert Arthur padre, entonces un teniente en el ejército de Estados Unidos. Su madre, Sarah Fee Arthur, exintegrante de Nueva Orleans. La infancia de Arthur fue de translado en traslado, ya que su padre fue trasladado de una a otra base militar. Arthur y su hermano menor, John Arthur, nacido en 1914, fueron educados en las escuelas públicas de Hull, Massachusetts, Ann Arbor, Michigan, de Leavenworth, Kansas, y Hampton, Virginia. Mientras que su padre estaba destinado en el Fuerte Monroe en Hampton Roads, Virginia, Arthur asistió Hampton High School, donde fue elegido Presidente de la categoría de mayores.

A pesar de que ganó la entrada de West Point, Arthur decidió no seguir a su padre en el ejército, y en su lugar se inscribió en William and Mary College en Williamsburg, Virginia en el otoño de 1926. Dos años más tarde, se trasladó a la Universidad de Michigan en Ann Arbor, donde Arthur había vivido durante algunos años en los que su padre había sido un profesor militar de ciencias y táctica en el programa ROTC. Arthur se graduó de la Universidad de Michigan en 1930 con una Licenciatura en Inglés con Distinción. Después de trabajar como redactor en una de las publicaciones Munsey, regresó

a la Universidad de Michigan, donde recibió su Maestría en Periodismo en 1932.

Más adelante se mudó a Nueva York, donde vivió en Greenwich Village, en un apartamento sin ascensor. Durante este tiempo, él comenzó a escribir cuentos para su publicación en revistas pulp. Entre su graduación de Michigan en 1930 y 1940, sus cuentos fueron publicados en Wonder Stories, Semanarios de novelas de detectives, Detective Fiction Weekly, Mystery, The Illustrated Detective Magazine,
Street &
Smith's
Detective Story Magazine, Amazing Stories, The Shadow,
Street & Smith
Mystery Reader, Detective Tales, Thrilling Detective, Double Detective, Startling Stories,
Collier's
, The Phantom Detective, Argosy Weekly, Unknown Worlds y Black Mask.

Además, durante este tiempo, Arthur trabajó como escritor y editor de pulp western, fact detective, y screen magazines para Dell Publishing, y fue editor asociado de la Foto-Story, una revista de fotografía publicada por Fawcett Publications. Más significativamente, concibió y editó Pocket Detective Magazine para Street and Smith, la primera revista de bolsillo, todo ficción, en la que varios de sus relatos fueron publicados. En febrero de 1938, se casó por primera vez a Susan Smith de Cleveland, una actriz de «radio soap opera», de quien se divorció en 1940. Ese mismo año conoció a la mujer que se convertiría en su segunda esposa, Joan Vaczek, en una clase para el relato corto que tomó de Whit Burnet en la Universidad de Columbia.

Ese mismo año, Arthur también tomó una clase en la Universidad de Columbia para escritura en radio, en la que la clase se encontraría con su futuro compañero, David Kogan, con quien finalmente escribió y produjo su propio programa de radio, The Mysterious Traveler, que se emitió en la Mutual Broadcasting System desde 1944 hasta 1953, y que ganó el premio Edgar Allan Poe al Mejor Programa de Radio de Misterio del Año en 1952 por

los Mystery Writers of America. The Mysterious Traveler también se emitió como el nuevo título de Adventure into Fear, y desde 1948 hasta 1951 juntos, Arthur y Kogan también produjeron Dark Destiny, una serie de televisión dramática. En diciembre de 1946, Arthur y Vaczek se casaron, y se trasladó a Sharon, Connecticut y luego a Yorktown Heights, Nueva York, donde tuvieron dos hijos, Robert Andrew Arthur (1948) y Elizabeth Ann Arthur (1953). En 1953, a causa de la participación de Arthur, y la participación de su socio David Kogan, en el Gremio de Escritores de Radio, The Mysterious Traveler fue cancelada abruptamente. WOR y la Mutual Broadcasting System, durante la era McCarthy, que se cree que el GTR se llevaba los escritores, en las palabras de Kogan, «por el camino a Moscú» la carrera de Arthur como escritor para la radio llegó a su fin. Antes de que terminara, sin embargo, escribió y produjo más de 500 guiones de radio para sus dos *shows*, así como para otros programas como The Shadow and Nick Carter. Terminado 1952, Arthur trabajó como coproductor para un espacio de misterio en la radio. Continuó, además, la publicación de relatos de corte pulp.

En 1959, después de su divorcio de Joan Vaczek, Arthur se mudó a Hollywood, donde trabajó en la televisión. Escribió guiones para The Twilight Zone, y trabajó como editor de historias y guionista de programa de televisión para Alfred Hitchcock, en Alfred Hitchcock presenta. En 1962 se trasladó de nuevo de Hollywood a Cape May, Nueva Jersey, donde vivía con la tía de su padre, Arthur, Margaret Fisher hasta su muerte en 1969. Debido a su asociación con Hitchcock, Arthur tuvo, durante este período, una estrecha relación con Random House para editar una serie de antologías literarias que pudieran aprovechar la popularidad de Hitchcock. Arthur editó una serie de antologías dentro de Alfred Hitchcock Presents que incluyen AHP: Historias para el atardecer, (1961); AHP: Historias que mi madre nunca me contó, (1963); AHP: Prohibido a los nerviosos, (1965); AHP: Relatos que me asustaron, (1967); AHP: historias que no me dejarían hacer en TV, (1968). Al mismo tiempo, Arthur ha participado en la edición de una serie de antologías para jóvenes lectores, como Alfred
Hitchcock's
Haunted Houseful, (1961); Alfred

Hitchcock's
Ghostly Gallery, (1962); Alfred
Hitchcock's
Monster Museum, (1965); Alfred
Hitchcock's
Sinister Spies, (1966); y Alfred
Hitchcock's
Spellbinders in Suspense, (1967). También editó, bajo su propio nombre, Davy Jones Haunted Locker, (1965); Spies and More Spies, (1967); and Thrillers and More Thrillers, (1968). Las colecciones de cuentos propios de Arthur fueron editados por Random House en Fantasmas y más fantasmas publicados en el 1965 y Misterio y más misterio, publicado en 1966.

En 1964, Arthur también publicó la primera de una serie de libros de misterio para jóvenes lectores, originalmente titulada Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores. Más tarde el nombre de Hitchcock fue eliminado. Antes de su muerte, Arthur escribió diez libros de los Tres Investigadores: El Misterio en el Castillo del Terror, El Misterio del Loro Tartamudo, El Misterio de la Momia Susurrante, El Misterio del Fantasma Verde, El Misterio del Tesoro Desaparecido, El Misterio en la Isla del Esqueleto, El Misterio del Ojo de Fuego, El Misterio de la Araña de Plata, El Misterio del Reloj Chillón y El Misterio de la Calavera Parlante. Después de la muerte de Arthur, la serie de los Tres Investigadores fue continuada por otros escritores, y antes de que la serie terminara en Estados Unidos en la década de 1990, se habían publicado un total de cuarenta y tres libros de la serie de los Tres Investigadores, y once libros en una
Spin-Off
de la serie llamada Crimebusters. Arthur murió en Filadelfia, Pensilvania, el 2 de mayo de 1969, a la edad de cincuenta y nueve años.